



Martín Smud

LA PELOTA DE TU VIDA

*Letra
Viva*

Smud, Martín

La pelota de tu vida

- 1ª ed. - Buenos Aires: Letra Viva, 2026

95 p.; 22 x 14 cm.

ISBN 978-631-XXXX-XX-X

1. Literatura argentina. I. Título

CDD 150.195

© 2026, **Letra Viva, Librería y Editorial**

Av. Coronel Díaz 1837, (1425) Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Tel. (54 11) 4825-9034

WEB PAGE: www.letravivalibros.com / E-MAIL: editorial@letravivalibros.com

Director: Leandro Salgado

Asistente editorial: Nadir Manrique Salim

© 2026, **Martín Smud**

E-MAIL: martinhsmud@gmail.com

Foto de tapa: **Antonio Fernández**

Primera edición: agosto de 2026

Impreso en Argentina - *Printed in Argentina*

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra bajo cualquier método, incluidos la reprografía, la fotocopia y el tratamiento digital, sin la previa y expresa autorización por escrito de los titulares del *copyright*.

Índice

Prólogo: Todo empezó con un sueño

CAPITULO 1: La pelota de los sueños (Mundial 2026)

- La víspera de un partido que cambió la historia . . 11
- Pelota en Flor 14
- El delay de la transmisión del Mundial 17
- Las lágrimas de Messi y las piernas de Maradona . 23
- Un día de loca alegría 27
- La espera de la final 30

CAPÍTULO II: Las pelotas de mi vida

- Las letras del poder y las canciones de la contracultura
(Mundial 1978) 34
- Un santo suelto en Nápoles (Mundial 1990) 39
- La cábala del televisor en la sala de espera
(Mundial 2006). 43
- El tobillo ensangrentado y el muslo desgarrado
(Mundial 2014). 53
- La gambeta de Dios. La muerte de Maradona
(2020). 55
- El primer mundial planetario del siglo XXI
(Mundial 2022). 58
- La cancelación del fuera de juego (Mundial 2022) . 62
- ¿Qué pasó después del Mundial 2022? (2023) . . . 66

CAPÍTULO III: Cosas de pelotas

- Las pelotas del consultorio 71
- No jodan las pelotas 75
- ¿Es Messi inteligente? 79
- La pandemia, el Dibu y los psicólogos deportivos . 82
- Las adicciones alrededor de la pelota 86
- Patearla afuera de la cancha 90

Epílogo: Mientras siga rodando

Prólogo

Todo empezó con un sueño

Hoy es lunes a la mañana. Me levanto y una idea me cruza la cabeza: escribir un libro sobre el Mundial. Mejor dicho, sobre los Mundiales. Sobre el fútbol. Sobre la pelota que aparece una y otra vez en mi vida, en mi consultorio, en mi historia. Sobre esta extraña pasión argentina y, al mismo tiempo universal, capaz de convertir una pelota en el centro del universo.

Cuando una idea se instala en mi cabeza, cagué. Soy un maníaco sin retorno. Apasionado por escribir. Un animal en extinción. Hipocondríaco y exagerado, me digo, tengo que escribir un libro sobre fútbol. ¿Y cuándo hacerlo? Ahora. No dentro de seis meses, cuando el Mundial 2026 sea apenas un recuerdo. Ahora, cuando todavía nos tiemblan las piernas antes de cada partido.

No es que vaya a escribir el libro entero en un día. Tan loco no estoy. Aunque mi profesión consista, justamente, en convivir con las distintas formas de la locura y una de mis principales aficiones sea descubrir las propias. No parto de cero. Desde hace más de veinte años vengo escribiendo sobre fútbol, sobre los mundiales, sobre Messi, Maradona, la Selección, la Argentina y las emociones que este deporte despierta. Lo que nunca había advertido era que todos esos textos podían formar parte de una misma historia.

Hasta esta mañana. De pronto todo empezó a encajar. Argentina está entre los cuatro mejores equipos. Dentro de unos días volverá a enfrentar a Inglaterra, como en México 1986. Messi está jugando, probablemente, su último Mundial. El campeonato se disputa, en su mayor parte, en Estados Unidos, el mismo país donde en 1994 le cortaron las piernas a Maradona.

Hay coincidencias que parecen escritas por un novelista fanático del fútbol. Todo eso me llena de una emoción difícil de explicar. A mí y, sospecho, a millones de argentinos y argentinas. Pero el lector descubrirá muy pronto que este libro no habla solamente de fútbol. El fútbol es una excusa para hablar de otras cosas. Basta que ruede una pelota para que aparezcan la política, la economía, la memoria, la infancia, la tecnología, la amistad, los padres, los hijos, los muertos, los sueños. Un Mundial nunca habla únicamente de fútbol. También habla de la época en la que ocurre.

Hace unas horas llamé a Leandro, director de Letra Viva. —¿Cuánto tardaríamos en sacar un libro sobre este mundial? La pregunta no era inocente.

El campeonato terminará el próximo domingo. Después llegará otra noticia, otro escándalo, otra urgencia. El Mundial empezará a convertirse en recuerdo. Habrá que esperar cuatro años para el próximo. Y, probablemente, ya no esté Messi. El tiempo para escribir este libro es ahora. Eso significa volver sobre lo escrito durante tantas décadas y escribir ahora con energía desaforada, terminal, pura emoción y fuerza de trabajo lo que estamos viviendo. Dormir poco. Corregir menos de lo aconsejable. Escribir nuevas páginas mientras el campeonato todavía respira.

Es, sin duda, un proyecto maniaco. Pero también honesto. Porque el Mundial es un chorro de emociones. Y las emociones tienen fecha de vencimiento. Días después siguen existiendo, pero ya son otra cosa. La memoria

empieza a acomodarlas, a embellecerlas o a justificar lo que ocurrió, quiero escribir el durante, no el antes ni el después. El tiempo es ahora, cuando todavía no conozco el final.

A medida que escribía, comprendí que este texto se gestaba en otro cruce de caminos. Pertenezco a una generación partida en dos. Viví la mitad de mi vida en un mundo analógico y la otra mitad en un mundo digital. Vi partidos en televisores blanco y negro con antenas que había que mover para mejorar la imagen. Escuché relatos por radio imaginando jugadas que nunca veía. Discutí durante días si un gol había sido offside o no. Hoy una pelota lleva sensores en su interior, una computadora mide posiciones adelantadas por centímetros y una cabina llamada VAR puede transformar un festejo en silencio unos segundos después. Cambió el fútbol. Cambió la pelota. Cambió la manera de mirar. Cambió el mundo. Y, sin embargo, hay algo que permanece.

Todavía gritamos un gol con la misma intensidad con la que lo gritaban nuestros padres. A veces, mientras festejo, descubro que mi voz se parece a la de mi viejo. Durante unos segundos las generaciones vuelven a encontrarse. Tal vez por eso escribo. Para conversar con el que fui, con quienes estuvieron antes y con quienes vendrán después. Para entender qué cambió durante los mundiales que atravesaron mi vida.

Por eso este libro tiene una estructura poco habitual. La primera parte fue escrita al ritmo del campeonato. Cada texto nació apenas terminó un partido, todavía atravesado por la alegría, la bronca o la incertidumbre. Se trataba de escribir en caliente.

La segunda parte va para otro lado. Retrocede. Viaja a otros mundiales, a otras épocas y también a distintos momentos de mi propia vida. Vuelve a 1978, a 1986, a 1990, a 2006, al Mundial de Brasil 2014, a Qatar 2022 y regresa

otra vez al presente. El orden ya no será el del fixture sino el de la memoria.

Tampoco pretendo escribir una historia de fútbol. No es un libro sobre tácticas, estadísticas ni sistemas de juego. Hay muchísima gente que sabe infinitamente más que yo sobre todo eso. En la tercera parte aparecen otras preguntas: ¿Por qué un partido puede quedar grabado durante décadas en la memoria de una persona? ¿Por qué recordamos perfectamente dónde vimos un gol, quién nos abrazó después de una victoria o quién faltaba cuando llegó una derrota? ¿Por qué un Mundial termina convirtiéndose en una forma de recordar nuestra propia vida?

No sé todavía cómo terminará. No sé si Argentina levantará otra Copa. No sé si lograré terminar este libro en el tiempo que me propuse. Lo único que sé es que ya no puedo dejar de escribir. Y quizá esa sea la mejor definición posible de un sueño: una idea que, una vez que entra en la cabeza, ya no te deja vivir en paz hasta convertirla en realidad.

CAPITULO 1

La pelota de los sueños

Mundial 2026

La víspera de un partido que cambió la historia

Escrito unas horas antes de la semifinal contra Inglaterra

Es extraño escribir un libro cuando todavía no terminó aquello sobre lo que uno está escribiendo. Los escritores solemos hacer trampa. Esperamos que los hechos ocurran. Dejamos que el tiempo ordene el caos y recién entonces escribimos. El final ya está decidido, los héroes y los villanos también. La memoria acomoda las escenas, elimina los tropiezos y convierte los accidentes en destino.

Hacer lo contrario: escribir mientras la pelota todavía está rodando. ¿Cómo nos irá en la semifinal del Mundial 2026 contra Inglaterra? Si logramos pasar, todavía quedará una final. Si perdemos, estas páginas quedarán inevitablemente teñidas por esa derrota. Hoy sé que, más allá del resultado, este Mundial ya nos dejó algo que nadie podrá quitarnos: recuerdos imborrables y, sospecho, algunos más por venir. No tengo la menor idea de qué va a ocurrir dentro de unas horas. ¿Quién ganará? ¿Quién levantará la Copa? Me importa el resultado, pero mucho más el camino que hemos recorrido. Esa es la emoción. La

de millones de personas reunidas alrededor de una pelota. Nosotros. Argentina. El mundo. Esta selección me llevó a escribir.

Si usted está leyendo este libro, ya sabe el resultado pero, dentro de un par de años quizás se haya olvidado algunos detalles que hoy ocupan las redes sociales, las tapas de los diarios y los portales. El tiempo lo convertirá en una crónica para revivir el tiempo pasado. Para mí el futuro, para ustedes el pasado. Quizás en las páginas que siguen sabremos lo que aún no sabemos. Todavía se pueden agregar nuevas páginas hasta que el editor diga basta, el Mundial termine, el cansancio me arroje a la cama. Esa es la gracia y también el riesgo. Escribo sin red, sin conocer hoy el último capítulo. Sin saber si dentro de tres días estaremos abrazándonos con desconocidos en una avenida o preguntándonos, una vez más, qué hubiera pasado si aquella pelota entraba cinco centímetros más abajo. Pero así es la vida, ¿no?

No voy a cambiar una sola línea después de que termine el Mundial. Por eso me apuro. Si Argentina sale campeona o no, estas páginas seguirán siendo las mismas. Si pierde la semifinal o la final, también. Quiero que conserven algo que en la vida misma no podemos evitar: la incertidumbre. No quiero escribir desde el recuerdo. Quiero escribir en presente. Desde la respiración. Desde el temblor. Desde esa mezcla de esperanza y miedo que sólo produce un Mundial cuando todavía no sabemos cómo termina la historia.

Pero mientras escribo descubro que exageraré un poco. Sabremos el final del Mundial en el epílogo y descubro también que este libro no empezó este lunes por la mañana.

Había empezado mucho antes. Durante más de veinte años fui escribiendo textos sobre fútbol sin darme cuenta de que todos hablaban del mismo asunto. Eran artículos periodísticos, apuntes, recuerdos personales, escenas

vividas en un consultorio, conversaciones con amigos, viajes, viejas contratapas de diarios, historias nacidas después de un partido y otras que aparecieron muchos años más tarde. Estaban dispersas. El Mundial 2026 no creó todos estos textos. Simplemente los reunió.

La pelota, sospecho, es un disparador. Durante noventa minutos, ahora cien, millones de personas sienten que lo más importante del planeta está ocurriendo delante de sus ojos. No porque una pelota sea más importante que una guerra o una elección. Sino porque, por un instante, toda una comunidad decide mirar hacia el mismo lugar. Eso es un fenómeno extraordinario. Y merece ser pensado. Estos textos también hablan de otra transformación. Seguimos proyectando sobre una selección, sobre veintiséis jugadores nuestros miedos, nuestros deseos y nuestras frustraciones.

Quizá por eso este libro no trata realmente de fútbol. O, mejor dicho, utiliza el fútbol para hablar de otra cosa. Habla de la Argentina. Del paso del tiempo. De la memoria. De las generaciones. De las pequeñas historias que se esconden detrás de los grandes acontecimientos. Y también habla de mí. No porque mi historia sea importante, sino porque es el único lugar desde donde puedo mirar y comprender lo que nos toca vivir.

Si este experimento funciona, dentro de algunos años estas páginas conservarán algo que casi todos los libros pierden con el tiempo. No solamente el recuerdo de un Mundial. También el temblor de haber sido escritas cuando todavía nadie sabía cómo iba a terminar la historia. La pelota ya está rodando. Y este libro también.

Pelota en Flor

7 de julio de 2026. Tras el partido Argentina-Egipto

“**P**rimero hay que saber sufrir, después amar, después partir y al fin andar sin pensamiento”. La letra del tango de 1944 de Homero Expósito parece no haber pasado de moda. Tenía 25 años cuando la compuso, igual que tiene Enzo Fernández cuando convirtió, después de una corrida de 40 metros, el cabezazo que selló el 3-2 definitivo contra Egipto. Fue, además, el gol número 3000 de la historia de los mundiales. A esa altura, remontar el partido parecía más difícil que para Moisés abrir las aguas del Mar Rojo y escapar del ejército del faraón.

Sí. Sufrimiento. Parece que el camino del saber ser argentino pasa por saber sufrir. ¿Cómo es que el argentino se vuelve sabio del sufrimiento? Conocía a los sabios de la sabiduría, a los sabios del amor, a los sabios de la filosofía. Y vivimos entre aprendices de sabios del saber sufrir.

Conocemos, por Dante y su “Divina Comedia”, los nueve círculos del infierno y las siete terrazas del purgatorio. Lo que Dante no escribió es que la acción transcurre en la Argentina: pecadores y pecados en el circuito perfecto de sufrir frente a un televisor para que finalmente se abran las puertas del desahogo, del ansiado cielo, donde se encuentran Dios, Maradona, Messi y quizás algunos o algunas de nosotros.

Parece gracioso, o un acto de narcisismo negativo superlativo, de delirio místico poco medicalizable, este acto desvergonzado argentino de ubicarnos en una relación directa con el sufrimiento. Pero en estos días mundialistas lo escuchamos tantas veces y sufrimos tanto que no tenemos más que aceptar lo evidente.

La pedagogía del sufrimiento comenzó el 3 de julio contra Cabo Verde, cuando cada llegada a nuestro arco dolía más que mil azotes. Continuó el 7 contra Egipto, con una remontada que parecía imposible.¹ ¿Qué pasará el miércoles? Más adelante lo contaré. Pero antes, este sufrimiento, sufrimiento tras sufrimiento, paso a paso.

Soy psicólogo y, sin embargo, me cuesta comprender este tipo de saber. Me llevará toda la vida profesional intentar comprender este “goce argentino”. En el país con más “psi” del planeta, goce no es igual a placer. Nadie que haya aprendido este espinoso camino lo puede negar. Pero, aun así, pese al dolor, la impotencia, la angustia y la frustración, existe un aprendizaje raro, paradójico, contradictorio, perverso.

¿Cuánto hay que saber sufrir? ¿Cuándo llega el sufrimiento puro y sin sentido al conocimiento de sí, al puro saber hegeliano, que se expande más allá de la historia? Hacemos esta disquisición diariamente por más que rechazemos a la filosofía por especulativa y poco pragmática.

¿Hasta dónde nos llevará este camino? Atravesar los infortunios del destino. Caer, caer, caer. El mayor sufrimiento es tautológico: nuestro sufrimiento ni siquiera merece una explicación. No es solamente que no tuvimos defensa, que los egipcios jugaron bien o que el equipo no estaba equilibrado. Se trata de una nueva enseñanza en el camino del saber sufrir. Si pasaste el potencial infarto, podrás aspirar a una nueva vida, a un nuevo destino parecido al que se le abrió a Edipo cuando se arrancó los ojos y abrió el camino de una mirada sin ojos, sin luz, sin ver.

1. Y volvió a examinarnos el 11 frente a Suiza, en el que tuvimos la suerte de tener un gran actor suizo llamado Embolo, que se tiró a la piletta frente a argentinos que vivimos tirándonos sin saber nunca cuánta agua hay en ella. Le sacaron la segunda amarilla, es decir, la primera roja, y Suiza se “suizidó”, dejando a la selección sin otro recurso que acordarse de ir a buscar el resultado.

Sufrir, en un primer momento, nos lleva a un estado de indefensión y, por tanto, a la necesidad de que haya alguien que nos haga de lazarillo, que nos defienda. Sufrir causa alarma, angustia sin par. ¿Cómo adviene un sabio del saber sufrir? Un Dalái Lama a la argentina. La quintaesencia del “juremos con gloria morir”.

Quizás, luego de vivir toda la vida en este país, pueda llegar a decir: he aprendido a sufrir. Y quizás la selección nacional sea ese tinte identificatorio que nos permite pensar un rasgo de la identidad argentina. En uno de los pocos momentos en que ponemos una bandera en el balcón, salimos a gritar con el vecino sin que importen los problemas de consorcio ni la ideología política. Vos sabés sufrir como yo sé sufrir. Sufriendo se nace, sufriendo se logran las gestas más heroicas. No podemos decir que tenemos una relación enfermiza con el sufrimiento, sino una relación epistemofílica: no es ninguna perversión, sino un profundo deseo de conocer hasta dónde llegaremos, qué hay más allá del sufrimiento. Y suponemos, como Expósito, que allí están el amor, el partir, la muerte, la vida misma.

Necesitamos desesperadamente actos identificatorios. Gestas. Un viaje alquilando el alma. Necesitamos la Ilíada: estar perdiendo la guerra y plantar el caballo de Troya. Y la Odisea, la errancia de Moisés por el desierto, a Ulises que le lleva diez años de infortunio volver a su patria, volver a su amor, sufrir como ninguno. Ahí descubrimos que el sufrimiento se entrelaza con la épica, el goce, la historia, las cábalas, el mata-mata, el Messías, acaso en uno de sus últimos partidos.

Todavía no sabía qué iba a pasar contra Inglaterra: primero había que saber sufrir.

El delay de la transmisión del Mundial

11 de julio, tras el partido Argentina-Suiza

El Mundial nos deja muchas enseñanzas. Una, y muy evidente, es que no todos recibimos la señal al mismo tiempo. Aunque estemos mirando el mismo partido, en el mismo edificio y a la misma hora, no vivimos exactamente el mismo presente.

El gol de Julián Álvarez en Argentina-Suiza le llega al vecino del 2° “D” antes que a mí, que vivo en el 4° “A” y a mí me llega antes que al del 7° “A”. Depende de la señal, el cable, la antena. Reflexiono con esa inteligencia que se ubica apenas antes del odio provocado por escuchar los gritos de gol de tres a diez segundos antes de verlo en mi propia pantalla.

El del segundo grita. Yo escucho. Después veo el gol y grito. El del séptimo me escucha y, unos segundos más tarde, también lo ve y grita. Entre el primer grito y el último pueden pasar quince o veinte segundos. El gol rebota por los pisos y se convierte en un eco interminable, una hermosa sinfonía de goles y algarabía. Por estas cosas, extrañaré el Mundial. ¿Cuál será la razón de ese delay?

El raro diseño tecnológico hace no sólo las diferencias sino un grito coral estereofónico, Dolby. Algo parecido a aquel juego de la infancia, el teléfono descompuesto, aunque acá el mensaje no se deforma: se demora. Yo me entero del gol por el vecino de abajo, y el vecino de arriba se entera por mí. Luego para nosotros dos viene la jugada. Para el del 2° “D” está la sorpresa. Ve un partido de fútbol.

Soporta lo imprevisible de la pelota, el riesgo de que entre o no, la posibilidad de que el arquero la saque, que la jugada termine, como tantas veces, en nada.

Para mí, en cambio, queda el saber anticipado. La tranquilidad de que esa jugada será coronada con el éxito y no con la frustración. La sorpresa se pierde pero todavía no sé cómo fue el gol, desde dónde pateó Julián Álvarez, si hubo un rebote o si la clavó en el ángulo. Conozco el desenlace, pero todavía no la historia.

Para el vecino del séptimo hay todavía más eco. Escucha mi grito, se acerca al televisor, prepara las cuerdas vocales y calcula el momento de salir al balcón. Para él se trata de organizar la alegría, levantarse de su apoltronado y sufrirte asiento y disponerse a la venganza con el grito más exagerado.

Por mi parte, si bien no planifico tanto, llego a respirar frente a largos minutos conteniendo el aliento, tomo una amplia bocanada de aire, hago mis rezos zen frente a un esfuerzo que no estoy acostumbrado, le pido a mi pobre corazón de argentino que me tenga paciencia y aguante. No es menor la felicidad, quizás haya una pequeña pérdida de riesgo y autenticidad, pero a esta altura del partido, ¿a quién le importan las diferencias?

Me conforma saber que será gol, y hasta disfruto esa posición a lo Tiresias, el adivino ciego que conoce el destino antes de que acontezca. Durante unos segundos, el grito del vecino de abajo convierte el gol en una profecía oracular. El destino está escrito, pero todavía debe recorrer los cables, los decodificadores, los satélites y los televisores hasta llegar a mí. Quince o veinte segundos que podrían ser quince o veinte años.

El vecino de abajo es el único que ve el partido de fútbol, que conserva el presente. Tiene un televisor más chico y con menos nitidez, pero todavía sigue a la pelota y a los

jugadores que la patean. Esa pelota que, aunque ahora la llamemos balón y esté llena de sensores y de tecnología, continúa haciendo lo que quiere con nosotros. En eso consiste una de las grandezas del fútbol: recordarnos que el azar existe, que la sorpresa no puede eliminarse por completo y que el resultado todavía no está escrito para quien no escuchó el grito del vecino.

Un día le pregunté a un técnico de televisión qué era lo que ocurría con ese delay, me dijo: “Cuanto menor es la latencia, antes recibís la señal”. Le agradecí la información y me pregunté si no debía volver al televisor de antena abierta. Quisiera volver a mi infancia, tirar los cables coaxiales y la fibra óptica. Esos adelantos que prometían mostrarnos el planeta terminaban cegándome la sorpresa y alejándome del vivo y en directo.

La palabra latencia me llevó, inevitablemente, a Freud. Deformación profesional. Para él, el período de latencia se extendía desde el final de la primera infancia hasta la pubertad. Las pulsiones infantiles experimentaban cierto adormecimiento, una disminución de su intensidad, una sublimación. Se levantaban los diques del aparato psíquico: el pudor, el asco, la vergüenza y los ideales morales y sobre todo las múltiples identificaciones.

Yo grito el gol como lo hubiera hecho mi papá. La identificación siempre se produce a partir de un rasgo que nos martiriza al mismo tiempo que nos permite sentir la camiseta.

En el piso de abajo estaba la pelota, el pie de Julián Álvarez enviándola al ángulo, la sorpresa. Para mí quedaban los gritos de gol que me tranquilizan pero que quitaban inmediatez, el azar, la imprevisión, la autenticidad, el estar ahí. Aun sabiendo del gol, no desaparece mi sufrimiento, aun cuando sé que esa jugada terminará en gol y en desahogo, en esos largos segundos sigo sufriendo porque

aún no llegó a mi televisor, a mi visión, a mi saber cómo fue, a la evidencia empírica.

Entre el tiempo de la acción y el tiempo del sentimiento hay una distancia². El del segundo piso grita el gol o lo padece, se desahoga o le agarra un ataque de bronca, el del séptimo tiene la posibilidad de urdir la estrategia de la algarabía; en cambio, yo miro los piolines del entramado de la realidad.

Mientras miro la televisión tengo una rara sensación de plenitud, descanso en lo real. El de arriba mira de reojo la pantalla, y se va acercando al balcón para que sus gritos sean bien planeados, enfocados a un objetivo. Desde los gritos espontáneos del de abajo hasta mis gritos ratificadores y el grito calculado del de arriba, el gol se transforma sin cambiar.

Así es un poco la vida, así es también este Mundial desfasado. Las cosas no llegan en el momento que tienen que llegar. A veces llegan antes. A veces te enterás por otro que tenés que estar sintiendo algo que pronto va a acontecer. Te avisan. El otro te saca sorpresa allí donde ya no existe, para mí ese delay me propulsa al descubrimiento del radical desfasaje que es la vida.

Además, el delay demuestra diferentes posiciones económicas. Ya sabemos que los departamentos bajos salen más baratos que los de arriba, los que dan a la calle más que los del pulmón del edificio. El vecino del segundo, menos privilegiado por un lado, tiene televisión abierta por antena y recibe la imagen primero. Su grito conserva la sorpresa, es más espontáneo en su grito de gol.

2. Lionel Scaloni es un genial ejemplo, gana el Mundial 2022 y pasa 15 segundos sin entender nada, después estalla en llanto como chico de cinco años. Su delay es parecido al vecino de arriba, lo observo en miles de reproducciones, cómo ha logrado cincelar en sus gestos ese ser técnico; eso me enternece.

A mí, que tengo cable coaxial, la señal me llega después. Quisiera quejarme ante la empresa y pedirles a los bots que mejoren la latencia, pero seguramente no existe en su codificación ningún número que pueda marcar para explicar que quiero recuperar la incertidumbre. Al vecino del séptimo, que tiene televisión satelital, la imagen le llega última. Puede llevarse la antena donde quiera, pero habita un presente todavía más atrasado.

Me imagino que el vecino del segundo trabaja en relación de dependencia y que su puesto cuelga de un hilo. Yo, como psicólogo, soy monotributista. El del séptimo es financista y, en los tiempos de la patria financiera, seguramente sea a quien mejor le esté yendo.

En los edificios no conocemos demasiado a los vecinos, reunimos fragmentos: cómo gritan, qué reclaman en las reuniones de consorcio, a qué hora vuelven, qué paquetes reciben y con qué tono saludan en el ascensor. Y cómo cada uno grita el gol y soporta el sufrimiento, el desahogo, la alegría, el resultado.

Quizás una turbia venganza recorra el edificio desde el segundo hasta el séptimo piso, retumbando en mi cuerpo, acostumbrado a ser antena de transferencia de mis pacientes. El vecino de abajo grita empujado por su bronca contra vaya a saber quién. Yo recibo el grito, lo proceso y lo retransmito. El vecino de arriba lo escucha y prepara su propia respuesta.

En el ascensor suelen escucharse los comentarios del vecino del séptimo sobre el del segundo: que hace ruido, que molesta, que grita como un desaforado. Seguramente también protestará por el festejo del gol de Julián Álvarez, ese bombazo al ángulo que fue allí porque solamente allí podía entrar. Son esos goles que van ahí porque solamente ahí entran. Y putea, al mismo tiempo que se prepara para el que será su grito más monumental, ese grito a destiempo pero el más potente y planificado.

Todo el edificio disfruta el mismo gol de maneras diferentes. En el segundo piso reina el azar. En el cuarto, la confirmación. En el séptimo, la estrategia. Tres vecinos, tres señales y tres tiempos distintos. Afuera, el partido ya siguió. Adentro del edificio, el gol todavía está ocurriendo. Quizás eso sea un Mundial: un acontecimiento que sucede una sola vez, pero que tarda distintos tiempos en llegar a cada uno.

Messi, contra Suiza, parecía también estar con *delay*, tomando un respiro, o preparando el partido contra los ingleses, por suerte vino Julián con ese chumbazo. Faltan dos días nomás. ¿Y qué pasará?

Las lágrimas de Messi y las piernas de Maradona

Después del triunfo 3-2 a Egipto

Las lágrimas de Messi fueron vistas por miles de millones de personas. Pero no fueron unas lágrimas más. Fueron las lágrimas que llegaron después del minuto setenta y nueve, cuando ya nos habíamos resignado a quedar eliminados. Durante más de una hora habíamos aprendido, otra vez, a saber sufrir. Entonces apareció el milagro. Y cuando terminó el partido, lloró Messi. En ese instante lloró un país entero. Quizás también Bangladesh. Quizás buena parte del mundo.

Intentaba hacer un trabajo difícil, silencioso: convencerme de que no importaba tanto, que ya habría otra oportunidad, que al fin y al cabo era apenas un partido de fútbol. Pero no nos salió. Nunca nos sale. Los gritos desaforados de desahogo detuvieron el corazón de medio país. También el mío, que todavía sin aire se preguntaba cómo había resistido.

Messi asistió en el primer gol y metió el segundo y su figura se agrandó con su imagen después del partido. Messi lloraba, y nosotros con él. Nos dejó un recuerdo imborrable. Para algo sirven las redes sociales. ¿Quién no vio los goles miles de veces de la final de Qatar? Transforman un instante en una calesita infinita. Nos obligan a volver una y otra vez sobre una imagen que ya conocemos de memoria. Cada reproducción vuelve a emocionarnos. Las lágrimas dejan de ser solamente de Messi para convertirse en las lágrimas de millones. ¿Por

qué nos emocionaron tanto esas lágrimas? Y nosotros llorábamos con él, con todas las preposiciones del llanto. La identificación tiene esas rarezas, no sabemos de dónde viene. Hasta aquí el Mundial parece un cuento de hadas. Pero alcanza con correr un poco la cámara para descubrir otro escenario. El fútbol es mucho más que un deporte. Es uno de los mayores dispositivos de poder del planeta.

Este Mundial se juega en tres países, aunque casi todo ocurre en Estados Unidos. Los norteamericanos lograron convencernos de que se trata de un Mundial compartido cuando cerca del setenta y cinco por ciento de los partidos se disputan en su territorio. También intentan convencernos de que el fútbol debe parecerse cada vez más al básquet: pausas de hidratación, tiempos partidos, cuatro cuartos, tiempos de cincuenta minutos, espectáculo permanente, publicidad en cada respiro. Incluso vimos algo difícil de imaginar en otra época: que Donald Trump reconociera públicamente haber llamado a la FIFA para revisar una sanción disciplinaria que complicaba a uno de los jugadores de su selección.

El fútbol es un emporio, el gran espectáculo internacional, las relaciones de poder en su máxima expresión. Mientras millones llorábamos con Messi, el Mundial convive con guerras, conflictos diplomáticos y decisiones geopolíticas. Irán no pudo establecer su base en Estados Unidos y debió alojarse en Canadá. A un árbitro somalí tampoco lo dejaron ingresar por cuestiones migratorias. Hasta un campeonato del mundo termina pareciéndose al mapa del poder mundial.

Foucault probablemente habría disfrutado analizando este torneo. Durante años explicó que el poder no era solamente una orden que bajaba desde arriba sino una red que atravesaba toda la sociedad. Hoy quizás encontraría un ejemplo perfecto en esta nueva versión del fútbol: una pelota

llena de chips y sensores, un VAR que termina arbitrando mucho más que el juez de campo, pausas de hidratación que funcionan también como pausas publicitarias y reglamentos capaces de flexibilizarse cuando conviene.

Hasta la pelota cambió. Ya no es solamente una pelota. Es un pequeño laboratorio tecnológico. Registra cientos de datos por segundo, informa al VAR cuándo fue tocada, ayuda a determinar un offside por centímetros y convierte cada jugada en una operación informática. A veces me pregunto qué pasaría si lleváramos esa pelota al campito del barrio. Imagino al Negro protestando porque el pie gordo quedó adelantado por cinco centímetros mientras otro amigo abre una notebook para reconstruir la jugada en tres dimensiones. Sería ridículo.

Pero no tan distinto de lo que hoy ocurre en un Mundial. Sin embargo, mientras todo cambia, hay algo que permanece. Messi sigue llorando. Y esas lágrimas tienen una fuerza que ninguna tecnología puede reemplazar. Porque todavía existe algo que no puede medir ningún sensor. La emoción. Entonces aparece inevitablemente otro nombre. Maradona. Este mismo país, hace más de treinta años, vio cómo le cortaban las piernas futbolísticas en Estados Unidos 94. El Mundial de 2026 vuelve a jugarse en la misma tierra. Cambiaron los protagonistas, cambiaron las reglas, cambió la pelota y cambió el negocio, pero las relaciones de poder siguen pareciéndose demasiado.

A veces imagino, con un sacrilegio deliberado, qué habría pasado si Maradona hubiera nacido en Estados Unidos. Quizás Trump habría llamado a Infantino para decirle: “No le corten las piernas.” Quizás lo habría conseguido. Pero Maradona nació en Villa Fiorito. Y nunca dejó de ser el hijo de Villa Fiorito. Por eso este capítulo termina donde empezó. Con dos imágenes. Messi llorando después de clasificar. Maradona caminando solo después de que le

cortaran las piernas. Entre esas dos escenas hay más de treinta años de historia argentina. Y también una misma pregunta. ¿Quién decide las reglas del juego? ¿Y quién paga siempre el precio cuando esas reglas cambian?

Maradona siempre estará presente. Jugó en esta misma tierra en 1994 y allí fueron a buscarlo para pasarle por encima con el poder redondo de la pelota, de las corporaciones y de la política. Desde el cielo, si existiera, sigue recordándonos que las reglas son impartidas por los poderosos y que los poderosos deciden y ejecutan a quién cortarles las piernas.

Un día de loca alegría

Después de Inglaterra

Hay días en los que un país entero parece ponerse de acuerdo. No para votar. No para discutir. Ni siquiera para pensar. Simplemente para salir a la calle. Los bocinazos no terminan. La gente peregrina hacia las plazas, los obeliscos, los centros de las ciudades. Nadie organizó esa movilización. La organizó la alegría. Una alegría loca.

La emoción del partido contra Inglaterra todavía seguía en el aire. Al final apareció una bandera que sostenía la selección y que rápidamente se volvió viral: “Las Malvinas son argentinas”.³ Ganarle a Inglaterra cuarenta años después de México, otra vez por el mismo resultado, parecía volver a poner las Malvinas detrás de una pelota. Iban perdiendo al comienzo del segundo tiempo y, una vez más, los enormes jugadores argentinos sacaron el partido adelante. Las Malvinas parecían estar detrás de cada pelota.

Los relatores se esmeran por poner palabras a la emoción y a las pelotas que demostró este equipo que nunca se da por vencido, una marca para la Argentina que tiene que luchar para cambiar el curso de su historia. Las Malvinas estuvieron atrás de este enorme partido.

El fútbol es una cosa de locos, esta selección nos ha dado los partidos más recordables que contaremos a nuestros hijos e hijas, y muchos y muchas de ellos ya están aquí para

3. Y grandes problemas que aún no conocemos traerán, porque la FIFA no quiere demostraciones políticas y menos de países tercermundistas contra países territorialistas o imperialistas.

contárselo a nuestros nietos, eso es herencia, genealogía, que parece una palabra compleja pero es bien sencilla, marcar gestos y hechos en el camino que queden para los que están y para los que vendrán, no sólo transmitir un apellido sino una emoción. Un día de fiesta que hay que salir a festejar pero nunca olvidar la pregunta en nuestros países tan diezmados y mal gobernados: ¿qué estabas haciendo cuando la crueldad y la injusticia eran moneda corriente en la Argentina?

Luchándola, siempre luchándola para recordarme que Argentina tiene posibilidades de ser mejor, que hubo tiempos mejores y que pueden estar en el futuro. Más de cuarenta años de democracia y todavía nos debemos demasiadas cosas. Sin embargo, esta selección vuelve a recordarnos que Argentina puede ser mejor. Hemos llorado con ella y vamos más allá del llanto. La emoción tiene algo inconmensurable. Hay momentos en los que ya no alcanzan las palabras; sólo queda abrazarnos y creer en quienes están y en quienes ya no están con nosotros.

Hoy fue un gran día, 15 de julio. Un partido que no sólo hemos sufrido: sentimos que la adversidad volvió más grande al equipo. Más unidos. Hemos visto los mejores minutos del segundo tiempo que nos ha entregado durante todo este Mundial.

Y no soy el que más sabe de fútbol, dejémoslo para quienes han estudiado o han jugado mucho tiempo este deporte, que han pateado la pelota miles de veces. Lo que hoy descubrimos en la selección excede lo deportivo. Confiamos en que Argentina, alguna vez, se manejará en equipo, confiar en el otro, en su voracidad, en objetivos compartidos, será lo que finalmente nos saque del fondo del pozo.

Más allá de este gobierno y de anteriores que mortifican a la mayoría y que, a pesar de eso, muchos consideran seguir votándolo; la selección, más allá de sus posiciones

políticas personales, nos demuestra lo que se puede hacer luchando para defender nuestra soberanía, que es lo mismo decir nuestra bandera, nuestra camiseta, nuestros colores.

Como argentinos, esta selección defiende su historia, una final más, llegar a tres finales en copas del mundo en estos últimos veinte años es una cosa de locos, porque no sólo defiende los colores, sino también cada una de sus historias, sus infancias. Lautaro Martínez llora recordando a su madre mientras se eleva entre los defensores ingleses para cabecear un centro de Messi con la pierna derecha. Si ésa era la inútil, mejor no imaginar lo que todavía puede hacer con la zurda.

Se siguen escuchando los gritos del peregrinaje argentino en cada ciudad. Cada uno vestido con la misma camiseta, hay que festejar, es un día de loca alegría.

Mañana volverán las discusiones, las cuentas, las noticias y las preocupaciones. Pero hoy no. Hoy la Argentina decidió abrazarse. Y eso, con toda la angustia, la incertidumbre y la esperanza que nos separan del domingo de la final, ya es un montón.

La espera de la final

La víspera entre España-Argentina

Hace veinte años, durante el Mundial de 2006, cometí una pequeña locura. Instalé un enorme televisor en la sala de espera del consultorio. Era un TV de 24 pulgadas. Hoy causa gracia escribir “enorme”: los televisores se hicieron mucho más grandes, más livianos y más baratos que aquel gigante de entonces. En ese momento escribí un texto sobre aquella decisión. Acabo de releerlo para este libro y descubrí algo curioso: no sólo hablaba del Mundial; intentaba entender otras cosas, como la identificación con la camiseta y el fenómeno de las cábalas.

Terminé discutiendo con algo parecido a mí mismo. Descubrirse veinte años más joven y hablando del mismo tema no deja de impresionar. Y, como siempre, no pude evitar complicarme la vida. Lo bueno fue que todo esto ocurrió en la víspera de la final del Mundial 2026. ¿Qué tiene de bueno? No estoy nervioso por el resultado del partido sino que estoy recontra neurotizado por el resultado de este experimento de escritura y de narcisismo entre dos generaciones: la que fui y ya no soy, la que soy y no sé quién soy. Para ser más claro, si fuera posible entre quién escribió ese texto, un yo de hace veinte años que ya no existe y un yo que escribe ahora que no sabe bien lo que hace.

Disculpen que me vaya de tema. Pero el Mundial es eso, ¿dónde viviste la final del 86? El Mundial deja marcas que jalonan el recuerdo, y entonces me descubro por junio del 2006 preocupado por la cuestión laboral, el Mundial se jugaba a media tarde, partía el consultorio en dos.

Me sigo preguntando, de otra manera hoy, acerca de mi suerte laboral. Soy el mismo, me dirán, la Argentina no te deja de inflar las pelotas, hay cosas que cambian poco en la Argentina. Una de ellas es que siempre terminamos hablando del trabajo, de las relaciones amorosas, del duelo por seres queridos y de la inflación.

Entre el Mundial de Alemania 2006 y el Mundial de 2026, los precios argentinos se multiplicaron aproximadamente por mil trescientos cincuenta. Lo que entonces costaba cien pesos, veinte años después rondaba los ciento treinta y cinco mil. En el medio no hubo solamente cinco mundiales: hubo también una moneda que cambió de escala tantas veces que comparar precios terminó convirtiéndose en una forma de arqueología.

En un cajón del consultorio todavía guardo cartas de amor que escribí hace cuarenta años y monedas que ya ni siquiera sé a qué moneda pertenecen. También encontré aquel texto sobre el Mundial de 2006. A veces un cajón conserva mejor la historia del país que una biblioteca.

El consultorio y los mundiales. Hoy escribo en mi consultorio y sigo trabajando, y sigo preocupado por lo laboral, en épocas de tanta pasión, tantas vacas flacas, tantas excusas, tantas pantallas, no es fácil seguir sosteniendo nuestro trabajo, en esos veinte años también se ha puesto en duda el lugar mismo: el consultorio. Hoy se trabaja en forma virtual, sin consultorio, en aquellos tiempos veinte años atrás estaba preocupado por las excusas que tendrían los pacientes para no venir a tratamiento por el Mundial (imaginen lo que podría escribir hoy frente a las nuevas formas de atención). En aquel texto me veo más preocupado que hoy por validar mi voz con textos de otros autores, hoy ya no lo siento así, pero al leerlo no dejo de aprender de temas que nos siguen dando vueltas. Hoy, a diferencia de hace veinte años, me emociono de una manera

menos tímida, las lágrimas caen sin tantos tapujos, tantos años han pasado, seis mundiales que terminan hoy.

Veinte años después escribo un texto ayudado por quien fui, propulsado en todo lo que hice en mi vida, este texto sobre fútbol es el compendio también de una vida, y de una preocupación, por una temática en la que me encuentro desde hace cuarenta años, la salud mental.

Ayer me preguntaron en una entrevista radial qué relación había entre el Mundial y la salud mental y les dije que nos convertía a los argentinos en maniaco-depresivos, pasamos de “somos los mejores” al “mejor nos vamos del país”, pasamos de la omnipotencia de tener a Dios duplicado: Maradona-Messi al abatimiento en cuestión de horas. Así sin más, salvo esta final que ganemos o perdamos, el camino está hecho, el aprendizaje realizado gracias a la Escaloneta que de alguna manera comenzó en aquel 2006 cuando entró Messi a jugar su primer partido y ya ahí con dieciocho años metió un gol y una asistencia.

Vamos a extrañar al Mundial, igual que extraño a los que fuimos mientras se desarrollaba, esas incontables cábalas, esas banderas y esas camisetas que sacamos de lo más hondo del ropero y nos identificamos por nuestro amor a la camiseta, y resulta que ya no hay Boca-River sino que vamos todos para el mismo lado. Momento inédito de la Argentina que en estos veinte años ha profundizado la llamada grieta que finalmente lo único que consiguió es profundizar la caída y la pelea entre hermanos. Ya Fanon lo decía por la década del sesenta del siglo pasado, la mejor forma de seguir siendo una colonia es pelearnos entre nosotros y nosotras.

Un texto viejo que uno encuentra en un baúl olvidado, es como una foto, nos abre un mundo que ya no existe al mismo tiempo que nos cuestiona el tiempo actual. Espero la final escribiendo un texto que terminaré, a lo sumo,

mañana. No tendré combustible para seguirlo después de que termine la final. Mañana terminará el Mundial.

El texto nunca envejece, el que envejece es el escritor, soy viejo para el que fui y aún para el texto, soy viejo para este Mundial, pero aún seré joven para los que vengan y espero que sean muchos, y que no sé si volveré a escribir de fútbol un texto como éste pero seguro que el fútbol volverá a aparecer en mi escritura, porque tiene esa rara condición de no envejecer, las nuevas generaciones sienten al fútbol como las de mi padre, no sé si como las de mi abuelo, supongo que no sé tanto, quisiera ir a preguntarle pero no tengo a quién, entonces puedo ir a leer textos de personas que podrían serlo y también, el deporte es parte de la pasión más antigua que tenemos y lo debemos honrar, y a quienes lo hace bien, ¿cómo no emocionarnos con ellos?

Quiero hablar con el que fui, los textos, las marcas tienen esa ventaja sobre la memoria: permiten discutir con personas que ya no existen, incluso cuando esa persona fuimos nosotros mismos. ¿Qué le tengo que criticar al que ya no soy? Messi ya no es ese chico que debutó en la selección en el Mundial 2006 de Alemania pero sigue teniendo la misma pasión por jugar al fútbol.

Leyendo ese texto cuyas hojas están amarillas, me emociono partida doble, los mundiales me atravesaron quizás de otra manera que hoy pero hoy tengo la posibilidad de conversar conmigo mismo pasadas las décadas lo que ha pasado. El gran objetivo que nunca dejé de soñar al escribir. Dejar marcas para volver sobre ellas muchos años después.

CAPÍTULO II

Las pelotas de mi vida

Cinco décadas de Mundiales

Las letras del poder y las canciones de la contracultura

Mundial 1978

Hace cuarenta y ocho años vi mi primer Mundial. Nunca imaginé que terminaría escribiendo un libro durante otro. Si los textos del primer capítulo nacieron mientras rodaba la pelota del Mundial 2026, éstos nacieron mucho antes...

No recuerdo todos los partidos. No recuerdo todas las formaciones. Pero todavía recuerdo la canción. “*Veinticinco millones de argentinos jugaremos el Mundial...*”

Las canciones tienen una extraña forma de quedarse viviendo dentro de nosotros. Décadas después olvidamos un resultado, confundimos un goleador o mezclamos una final con otra, pero basta escuchar una melodía para que vuelva una época entera.

La canción del mundial 2022 fue “Muchachos, ahora nos volvimos a ilusionar”, de La Mosca Tsé-Tsé, basada en una

canción previa de la hinchada argentina. Se convirtió en el himno popular del Mundial de Qatar 2022. La canción que terminó identificando al Mundial 2026 fue “La cuarta estrella”. Está hecha sobre la melodía de “No me arrepiento de este amor”, de Gilda, porque aparentemente toda epopeya argentina necesita una cumbia conocida debajo. Fue creada por Pablo “Palmito” Quintana y se viralizó entre los hinchas y también dentro del plantel. Habla de la ilusión de ver la cuarta estrella bordada en la camiseta; de Messi, de Maradona, de Malvinas, de la final perdida frente a Alemania en 1990 y del sueño del bicampeonato.

El de 1978 tuvo otra, pero esa canción no nació en una tribuna. Y quizás ninguna canción diga tanto sobre un país como aquella. Me puse contento cuando ‘Muchachos’ se convirtió en la canción del Mundial de Qatar. Confirmaba que las canciones populares todavía podían ganarle a las oficiales. Las canciones oficiales tienen autor, presupuesto, campaña y lanzamiento. Las canciones populares casi nunca. Nadie sabe exactamente dónde nacieron. Se apoyan en melodías conocidas, cambian dos estrofas, agregan una rima y empiezan a viajar de boca en boca hasta que un día parecen haber existido desde siempre.

La canción oficial del Mundial 78 no nació en una tribuna ni en un bar. Fue pensada para transmitir una imagen de unidad nacional. Mientras millones repetían que veinticinco millones de argentinos jugábamos el Mundial, a pocas cuabras de los estadios funcionaban centros clandestinos de detención. Allí miles de compatriotas eran secuestrados, torturados y asesinados. Muchos de ellos terminarían arrojados vivos, sedados, desde aviones al Río de la Plata y al mar argentino en los llamados vuelos de la muerte.

Y sus cuerpos siempre volverán, así como volvían por las mareas a las costas de San Clemente. Una de las fundadoras de Madres de Plaza de Mayo fue Azucena Villaflor. Fue

ella quien propuso que las madres dejaran de peregrinar individualmente por oficinas y se reunieran en la Plaza de Mayo para reclamar juntas por sus hijos desaparecidos. En diciembre de 1977, el represor Alfredo Astiz se infiltró en el grupo que se reunía en la iglesia Santa Cruz. Entre el 8 y el 10 de diciembre fueron secuestradas Azucena Villaflor, Esther Ballestrino de Careaga y María Eugenia Ponce de Bianco, junto con las monjas francesas Léonie Duquet y Alice Domon y otros militantes de derechos humanos. Fueron llevadas a la ESMA, torturadas y posteriormente asesinadas en uno de los llamados “vuelos de la muerte”, arrojadas vivas y sedadas desde aviones al océano. Días después, varios cuerpos aparecieron en las playas bonaerenses, principalmente en la zona de Santa Teresita y Mar del Tuyú, aunque suele mencionarse de manera general la costa cercana a San Clemente. Presentaban fracturas compatibles con una caída desde gran altura. Las autoridades los enterraron como NN en el cementerio de General Lavalle, sin investigar verdaderamente su identidad hasta que la verdad salió a la luz.

Eso fue el mundial 78, además de Luque, Bertoni, Kempes, Fillol. Nombres que mi memoria infantil jamás olvidará. Y, al mismo tiempo, una dictadura intentando escribir una canción capaz de tapar los gritos que llegaban desde los centros clandestinos.

El poder cambia de nombre, pero nunca desaparece. Hoy ya no es una dictadura quien organiza un Mundial. Es una corporación gigantesca llamada FIFA. Basta ver a Gianni Infantino recorriendo Estados Unidos, Canadá y México en aviones privados, trasladándose en helicópteros hacia los helipuertos de los estadios y moviéndose con privilegios reservados a jefes de Estado. Ésa también es una forma de poder. El fútbol es, probablemente, el espectáculo en tiempo real más visto del planeta y alrededor suyo se mueve una

maquinaria política, económica y mediática de dimensiones difíciles de imaginar.

El Mundial vive de una contradicción permanente. Es una fiesta popular extraordinaria y, al mismo tiempo, una herramienta que los gobiernos aprovechan para administrar emociones. Durante un mes parece que todo se detiene. Los conflictos quedan suspendidos. Si además el país resulta campeón, esa felicidad suele prolongarse durante meses y muchas veces funciona como una tregua inesperada frente a problemas que siguen allí, pero durante un tiempo parecen hablar más bajo. Y, sin embargo, seguimos emocionándonos. La pasión también tiene memoria.

Volvemos a llorar con un gol, con una atajada o con una clasificación, aunque sepamos que ya lloramos antes. Como si la emoción nunca se gastara. Como si cada Mundial volviera a abrir un surco antiguo donde las lágrimas encuentran nuevamente su camino. Hace cuatro años fue Qatar. Cuarenta años antes había sido México. Casi cincuenta años atrás, el Mundial de 1978.

Cada Mundial fue distinto porque nosotros también éramos distintos. El país había cambiado. El mundo había cambiado. Por eso los Mundiales permanecen tanto tiempo en la memoria. No sólo recordamos los goles. También recordamos las canciones, que terminan siendo la banda sonora de cada época. Algunas nacen para celebrar. Otras intentan ocultar.

Las letras del poder suelen escribirse antes que la música y antes que la emoción. Las canciones populares hacen exactamente lo contrario. Se apoyan en melodías conocidas, cambian dos estrofas, agregan una rima y empiezan a circular como si siempre hubieran existido. Son reversiones hechas para la ocasión, nacidas del ingenio colectivo, que se viralizan con una velocidad extraordinaria, más rápido que una pelota que busca el fondo de la red.

Casi cincuenta años después de aquel Mundial del 78 los viví a todos y sigo viviéndolos. Cuando termine este Mundial entregaré estos textos. No cambiarán la historia del país. Apenas intentarán recordar y recordarme que nunca fui el más futbolero de los argentinos, pero tampoco puedo negar que el fútbol terminó atravesando mi vida. Como la música. Como la memoria. Como este país, que tantas veces quisiera que fuera distinto y por el que, sin embargo, seguimos luchando. Como esta selección, que aun cuando el resultado parece adverso nunca deja de creer que el partido todavía puede darse vuelta.

Un santo suelto en Nápoles

Mundial 1990

El estadio San Paolo donde se jugó el mundial 90, luego de la muerte de Maradona pasó a llamarse Estadio Diego Armando Maradona. Maradona hizo grande al club Nápoli, y antes que se tuvieran que enfrentar las selecciones hizo declaraciones públicas dirigidas a los napolitanos. Les recordó que el resto de Italia solía despreciar al sur y que ahora, justo porque Italia debía jugar en Nápoles, de pronto les pedían que fueran "italianos", dijo: "Nápoles fue marginada por el resto de Italia. Ahora les piden que sean italianos y apoyen a la selección."

Nunca entendí demasiado el fanatismo por Maradona. Una ciudad me tenía escondido un gran aprendizaje. Se llamaba Nápoles. Allí estamos llegando ahora. Cuando era chico el fútbol nunca me apasionó demasiado. Miraba los partidos, conocía los nombres, festejaba los goles, pero no terminaba de comprender esa devoción que algunos sentían por una pelota o por un jugador. Mucho menos podía entender cómo una ciudad entera seguía llorando a un futbolista años después de su muerte. Me encontré a una ciudad que seguía despidiendo a alguien que había cambiado su destino: Diego Armando Maradona.

Había estado allí siendo muy joven, cuando todavía era una ciudad de la que aun muchos mochileros desconfiaban. Se hablaba de la Camorra, de robos, de calles peligrosas. Años después volví y seguía siendo caótica, ruidosa, excesiva. Pero había cambiado algo fundamental: en cada rincón estaba Diego.

No era un recuerdo. Era una presencia. Había murales gigantes, altares improvisados, camisetas, velas, fotografías, flores. En los negocios, en los bares, en las ventanas, en las iglesias populares. La ciudad seguía hablándole como si todavía caminara por esas calles. Pensé que era una exageración. Todavía no había entendido nada.

Viajar es una forma sensible de aprender. No alcanza con leer libros ni mirar documentales. Hay cosas que sólo se comprenden caminando. Cuando la cabeza y el cuerpo llegan al mismo lugar, uno empieza a escuchar distinto.

Caminé durante horas por el Barrio Español. Las calles eran angostas, la ropa colgaba de pequeños balcones y en cada esquina aparecía un altar distinto. Pero lo que más me impresionó fueron las motos. No parecían motos. Eran una especie de criatura mitológica, mitad hombre, mitad máquina. Escuché a una guía llamarlos “los motorhombres” y me pareció la definición perfecta. Aparecían de cualquier lado. No respetaban direcciones, semáforos ni lógica alguna. Mientras uno levantaba la vista para admirar una iglesia de quinientos años, ellos pasaban rozándote el cuerpo. Comprendí que en Nápoles mirar demasiado hacia arriba podía ser peligroso. Y era imposible no mirar.

Una ciudad ninguneada por el resto de Italia y de las proezas futbolísticas que volvieron a llevar las miradas a esta ciudad increíble. La más importante durante siglos de toda la parte sur de Italia, con un centro histórico más grande aún que el de Roma y con más de mil iglesias desparramadas por una ciudad que subía y bajaba y serpenteaba por montes y con la mirada puesta al Vesubio y al golfo de Nápoles.

Imposible no levantar la cabeza. Maradona, estaba en el aire, arriba y abajo descubrí una ciudad de altares y de catacumbas, profundamente supersticiosa. Todos

tocaban algo. Pasaban al lado de una estatua y la tocaban. Le tocaban una mano, una nariz, una calavera. No era una religiosidad solemne. Era una relación física con la suerte. Las imágenes estaban gastadas justamente porque habían sido amadas durante siglos. Las narices desaparecían de tanto frotarlas. Los pies se erosionaban de tantas manos buscando protección.

Toqué la nariz de Pulcinella. Toqué las manos del doctor Giuseppe Moscati, el médico de los pobres. Toqué varias calaveras. No sé si sirven para algo. Pero salí ileso del Barrio Español. Y eso ya era un pequeño milagro.

Poco a poco empecé a entender que Nápoles tenía una manera muy particular de fabricar santos. Vivían bajo la amenaza permanente del Vesubio. Habían sufrido invasiones, epidemias, terremotos, guerras y pobreza. Necesitaban creer. La ciudad tenía cincuenta y dos santos patronos. Y entonces la guía sonrió y dijo una frase que me hizo comprender todo.

—En realidad tenemos cincuenta y tres.

El último llegó en 1984. Se llamaba Diego Armando Maradona. Recién ahí entendí que Diego no era un dios para los napolitanos porque hubiera sido el mejor jugador del mundo. Era un santo porque había hecho un milagro. Había devuelto dignidad a una ciudad que llevaba siglos sintiéndose despreciada. Durante décadas el norte italiano había tratado al sur como un territorio atrasado, pobre y casi vergonzante. Nápoles era el símbolo de ese desprecio. Entonces apareció un muchacho de Villa Fiorito. Ganó dos Scudettos. Convirtió al Napoli en campeón. Y, por primera vez en muchísimo tiempo, el mundo entero volvió a mirar hacia el sur.

Maradona no sólo cambió un club. Cambió la estima de una ciudad. Por eso, cuando llegó el Mundial de 1990 y Argentina tuvo que enfrentar a Italia precisamente en

Nápoles, ocurrió algo que todavía duele en buena parte del norte italiano.

Diego les habló a los napolitanos. Les recordó algo muy simple. Durante todo el año los discriminaban por ser del sur. Pero ahora necesitaban que fueran italianos. Muchos entendieron perfectamente lo que quería decir. Argentina ganó aquella semifinal por penales. Italia quedó eliminada. Y gran parte de Nápoles no sintió que hubiera perdido. Sentía que había ganado uno de los suyos.

Entonces comprendí que el altar lleno de flores, camisetas y fotografías no hablaba solamente de fútbol. Hablaba de gratitud. Volví varias veces al altar de Diego. Una tarde me encontré llorando frente a una imagen suya. No lloraba por el futbolista. Lloraba porque finalmente había entendido por qué aquella ciudad seguía necesitándolo. Viajar tiene esas cosas. Uno cree que viaja para conocer un lugar. Y termina viajando para comprender algo que siempre había llevado consigo sin darse cuenta. Yo fui a Nápoles pensando que iba a conocer una ciudad. Volví entendiendo un poco mejor a Maradona. Y, de paso, entendiendo un poco mejor a la Argentina.

La cábala del televisor en la sala de espera

Mundial 2006

En ese mundial, la selección argentina terminó en el sexto puesto. Fue el Mundial del golazo de Maxi Rodríguez contra México, el primero de Messi y del eterno debate sobre por qué Pekerman no lo hizo entrar frente a Alemania.

“Una vez que uno llora por un cuadro de fútbol, la cosa está terminada. Ya no hay vuelta. No hay caso. De la alegría se puede volver, tal vez. Pero no de las lágrimas”.
(Eduardo Sacheri)

Ese televisor enorme que puse en la sala de espera hace veinte años sigue allí pero ya no funciona. En aquel momento no fue acto de osadía, ni una estrategia de marketing sino una interpretación. No era que me gustara tanto el fútbol, creo que me fue gustando con los años, con la edad. Tenía bronca por las consecuencias en mi trabajo. Los pacientes tendrían la excusa ideal para faltar a sesión: una gripe, una lluvia intensa, un problema laboral ya lo eran, imaginen un Mundial, el de Alemania, el crimen perfecto, la excusa ideal.

Hasta ese momento estaba convencido de que buscaban excusas, de vez en cuando, para echarse un faltazo, un mes de Mundial sería terrible para mi vida laboral. Por eso puse el televisor, para que lo vinieran a ver a la sala de espera. Envidiaba la transferencia que causaba el mundial. Cómo

lo oyen o cómo lo ven escrito, durante un mes el planeta entero giraría alrededor de una pelota.

Descubrí con bronca que hasta las personas menos futboleras terminaban no sé cómo fanatizadas no sólo de los partidos sino del espectáculo y escribí en aquel momento:

“Encima mundial, una confraternidad de la raza (recién en el 2010 se cambió el 12 de octubre como el día de la diversidad cultural) humana atrás de una pelota”.

Me decía consolándome: “Una manera de tapar la castración, olvidar un rato la falta”. Cada partido volvía la excusa con más fuerza, es un juego de competencia, a la medida que pasa el tiempo, si seguís jugando, te va enganchando más, el que gana es feliz, al que pierde se bajonea. ¡Cómo no habría de ser una gran excusa para no venir!

En el 2006 escribía con manos rápidas e inseguras, quería impresionar, sacar conejos de la galera, creo que me excedía en cuestiones explicativas, me encantaba inventar palabras, neologismos, citar autores, intentar crear teoría. Nunca he perdido ese afán de decir algo novedoso. Hoy releo y algunas cuestiones me me siguen haciendo pensar: la relación entre cábalas y fetichismo, o un tipo de identificación que llamaba a la camiseta.

—¿Qué hacés leyendo mis cosas?

—Estoy escribiendo un libro sobre los Mundiales.

—¿Otro?

—No. El primero.

—Ya lo empezaste antes.

Sonrí. Tiene razón. Este libro empezó mucho antes de que yo supiera. Sigo leyendo. En aquella época estaba preocupado por el destino del consultorio, y hoy lo sigo estando. Tuve que abrir mi trabajo a muchos otros diferentes mientras que el consultorio iba perdiendo la importancia que tuvo desde el comienzo de nuestra profesión a finales del siglo XIX.

“¡Qué suerte que tuvimos en Japón y Corea del Sur (mundial del 2002) cuando los horarios eran los contrarios a los nuestros y no estaban los partidos a mediodía y a media tarde como ahora! Ahí soñábamos fantasías infantiles de hacer un pozo y salir del otro de la tierra, en el lejano Oriente, con costumbres distintas, con rasgos distintos; era claramente, como dice Freud, el deseo de seguir durmiendo antes que despertarnos a mirar los partidos en horarios extrañísimos como las cinco de la mañana. En el mundial de Alemania (2006) los horarios fueron otros. ¡Nos partía el consultorio por la mitad! Los horarios antes de ese partido y los horarios después”.

—Y ¿cómo se te ocurrió poner un televisor en la sala de espera?

—Lo pensé como una solución porque finalmente el problema era mío, tenía que estar en el consultorio por si algún paciente acudía. Compré ese televisor que hoy ya no uso, es enorme y pesaba tanto que lo tuvimos que traer entre dos, lo ubicamos en un lugar estratégico de la sala de espera.

—Estabas realmente preocupado por el consultorio.

—Claro que sí.

—Yo recordaba que lo había puesto porque era fanático de fútbol.

—(Se ríe) No exageres. Mirá lo que hace el tiempo con nuestro pasado. Ni siquiera eras tan fanático. Lo pusiste porque si una gripe ya vaciaba la agenda, un Mundial podía fundirte.

—Y si no era fanático, ¿por qué escribiste esto?

“Yo quería también probarme, soñaba con mirar todos los partidos. No solamente los de Argentina. También quería ver Trinidad y Tobago contra Croacia o cualquier encuentro entre selecciones de las que apenas conocía un par de jugadores. Durante un mes entero el televisor del consultorio iba a cumplir una función mucho más importante que la del bar de la esquina. No sólo iba a mostrar fútbol. También iba a mostrar personas. Porque el Mundial transforma la sala de espera en otra cosa”.

Quizás se trataba de estar al día. Los pacientes llegaban hablando del partido anterior, comparaban jugadores, discutían tácticas, comentaban si había sido penal mal cobrado o una atajada imposible. El fútbol entrando al consultorio. Hoy siguen hablando un montón de este mundial 2026, yo también hablo. A veces ocupa los primeros minutos de la sesión y otras veces toda. El “psi” escucha, pero también participa. Descubre que detrás de una discusión sobre un director técnico aparecen el padre, la autoridad, el fracaso, la ilusión, el miedo a perder. La pelota suele llegar mucho más lejos de lo que parece. Es cierto que con los años fui sintiendo cada vez más el fútbol, entendí que el Mundial era un enorme laboratorio de la condición humana. Comprender al hinchista era comprender también a los pacientes, a una parte importante de la vida, el lugar donde vivía, al mundo y también a mí.

Eduardo Sacheri⁴ también coincidía: “Hay quienes sostienen que el fútbol no tiene nada que ver con la vida del ser humano, con sus cosas más esenciales. Desconozco

4. Sacheri, Eduardo: *Esperándolo a Tito y otros cuentos de fútbol*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 2003.

cuánto sabe esa gente de la vida. Pero de algo estoy seguro: no saben nada de fútbol”.

El fútbol es una metáfora de la vida, una forma privilegiada de hablar de aquello que parece no tener relación con una cancha: la esperanza, el miedo, la derrota, la identidad, la pertenencia.

Apasionarse por el fútbol es también recordar a nuestro querido Osvaldo Soriano, un enorme escritor y persona que se posesionaba y encontraba en el fútbol una fuente inspiradora. Recuerdo el interés que tenía por leer las crónicas de Mister Peregrino Fernandez en la contratapa de *Página/12*.

—Eras bastante academicista.

Se ofende.

—No confundas entusiasmo con academicismo. Yo estaba buscando interlocutores.

Me quedo callado. Esa respuesta no la esperaba. Tenía razón. Me acordé de Enrique Pichón Riviere que en su libro “Psicología de la vida cotidiana”⁵ escribe también tanto sobre fútbol. “Fútbol y Política”, “Fútbol y filosofía”, “El jugador y su contorno” y “La pelota”. Capítulos imperdibles que siempre había tenido presente.

El fútbol habla de genealogía y de uno mismo. ¿Puede ser que con más edad esté comprendiendo al más joven? ¿Puede pensarse la genealogía en la propia historia y no sólo como eslabones generacionales? ¿Se puede “extrañar” a uno mismo? En sus dos significados: echar de menos y considerar extraño. ¿Puede uno parecerse cada vez más al chico que fue? ¿Puede acercarse a aquel joven sin convertir ese reencuentro en un acto de delirio megalomaniaco? En

5. Pichon Riviere Enrique; Pampliega de Quiroga Ana: *Psicología de la vida cotidiana*, Nueva Visión, Buenos Aires, 1985.

general se dice: ‘cada vez se parece más a su padre’ o ‘a su madre’. ¿Y si también pudiéramos decir: cada vez se parece más al adolescente que fue, al joven adulto que ya no es?

Veinte años después descubro lo que atravesó mi vida, la generación del 60, Pichón Riviere fue maestro de uno de mis maestros Vicente Zito Lema. El narcisismo no puede estar sino en el eje generacional. Vicente diría que tengo derecho al delirio, que tenemos derecho al delirio, que podemos creer que vamos a ganar hoy nuevamente la final del mundo. Pero ahí se me cruza ese ensayo de Enrique acerca de los hinchas con las crónicas y cuentos de Soriano quien además de ser un confeso apasionado del fútbol, hablaba de padres e hijos en la saga de las pasiones.

Ha pasado el tiempo desde el 97, año de su prematura partida, todavía busco textos que no haya leído. El otro día descubrí una entrevista⁶ que le hicieron al gordo y hablaba obviamente de la pasión del fútbol.

—Y la pasión. Ahora la única que une a los argentinos es la del fútbol

—Sí, y reemplazó a la pasión política.

—¿Cuál es el corazón de ese fervor futbolero que tanto convoca?

—Creo que el fútbol tiene la significación de una guerra sin muertos, pero con conflicto. Con drama, reflexión e ironía. Y amalgama a la familia, cosa que no consigue la política.

El fútbol es una metáfora de la vida, del gran teatro de la vida, y el mundial de fútbol es un momento privilegiado para pensar las cuestiones más actuales de política,

6. Entrevista a Osvaldo Soriano por Cristina Castello en “Periodismo sin máscaras” en www.paginadigital.com.ar

psicología y deporte. El fútbol no es solamente un resultado, una lección que se extrae de un partido sino como dicen muchos una pasión popular.

Hace veinte años escribía de otra manera, intentaba no escabullirme de las cuestiones no solo disciplinares sino crear conceptos. Y uno de ellos: la identificación al cuadro. Hoy creo que sigue teniendo vigencia. Aun hoy me resulta interesante, vemos que los jugadores se besan la camiseta, demuestran que llevan los colores en el alma.

“Una identificación masiva que produce efectos de fanatismo imposibles de observar en otros tipos de identificaciones. Ni la identificación al rasgo, ni la preedípica, ni “a lo que nos falta” permiten explicar esta identificación que nombraremos como identificación al cuadro. Este tipo de identificación intenta hacer uno entre lo más íntimo y la camiseta de un cuadro. Cuando un jugador mete un gol y se besa la camiseta nos dice que no se trata solamente de un gol sino de la demostración de la estrechez que siente entre su corazón y la camiseta. Como toda identificación crea los que están adentro y expulsa a lo que no sienten lo mismo pero tiene una característica distintiva: plantea dentro del campo social el deseo de participar. Una ilustración son los hinchas que convertidos en barras intentan ser el jugador número doce y extraen de sus pulmones e ingenio poético una interpretación del partido y de los deseos de resultados”.

—También te metiste en el mismo texto con el tema cábalas. Tengo que confesarte algo.

—¿Qué?

—En este Mundial cambié tres veces de canal porque Argentina iba perdiendo.

Se ríe. —¿Y funcionó?

—Argentina ganó. En la televisión dicen cuando estamos perdiendo: cámbiense de lugar, y yo mismo cuando estamos perdiendo cambio de canal y escucho el partido en otro

canal y así como no creo en demasiadas cosas, lo hago y hasta creo que funciona.

—Así que terminaste creyendo en las cábalas, lo que he evolucionado o involucionado con el tiempo jajaj.

“La cábala en lo social como el fetiche en lo íntimo se convierte en intocables y por esa condición quedan fuera del tiempo. Esta condición da a las cábalas ese aspecto risueño, atemporal, pantomímico. Cuando un buen resultado nos encuentra sentados en una posición, debemos repetirla para que el destino lo tome como señal de nuestro deseo de otro resultado exitoso. En las cábalas importan con quienes estuvimos, que muecas hicimos, que dijimos, que acciones realizamos, todo hay que volverlo a hacer olvidando ahora su valor de necesidad y transformándolo casi en plegaria (muchos por esta característica ponen en relación a este tipo de identificación con las prácticas religiosas). Las cábalas si bien congelan un momento como repetición de lo mismo no son signo de la pasividad sino de actividad, tienen como objetivo lograr que el destino actúe a favor de nuestra parcialidad. Si bien nosotros no jugamos y no tenemos nada que hacer para determinar el resultado nuestras cábalas nos hacen partícipes”.

—Es interesante, es la exaltación de la neurosis obsesiva al rango de Dios, dominamos el destino por quedarnos quietos, por la reiteración, por inmovilizarnos en la acción.

—Creo que también tiene que ver con la ilusión de grupo, la equiparación de cada uno como parte de un conjunto que en este caso al ser mundial produce mucho más que ser parte de un país, produce una extraña “ilusión de país”. 23 jugadores en el 2006, 26 jugadores en el 2026 con una camiseta de nuestro país se convierten en nuestro país y los resultados nos implican a todos por igual.

“Por un momento saldré de mi consultorio y le preguntaré sin miedo al taxista, al cartonero, al “chorrito” cómo va el

partido. Y sabremos los dos a qué nos referimos. El mundial achata las diferencias y en un país como Argentina en el que hay tantas, que se produzca semejante milagro pasa muy pocas veces. Esta identificación es la “más política”. Los argentinos ponemos los televisores por todos lados, en bares, restaurantes, escuelas, negocios y ahora también salas de espera porque queremos saber lo que va a venir. Hoy más que nunca nuestro futuro depende de los resultados. Podemos quedar afuera rápido o llegar hasta el 9 de julio fecha en la que se juega la final del campeonato mundial. Imagino la cara de los políticos contentos con la concordancia entre la fecha patria y la final del mundo. ¡Se imaginan lo que sería ese entrecruzamiento entre la independencia argentina y un golazo de Tevez en la final! Pero más allá del tipo de identificación, por el mundial disfruto de lo que voy a hablar durante todo el mes. Cada uno hablará de cómo soporta la derrota y espera el éxito, hablará de cómo se posiciona frente a lo masivo y por supuesto hablaremos del eterno tema del género. Algunos hombres absolutamente obsesionados por el fútbol, otros lamentándose de la suerte de ser distintos, algunas mujeres más fanáticas que La Gorda Matosas⁷, otras finamente condescendiendo a la sensibilidad social observan el desarrollo de cada partido, otras odiando a los hombres y a aquello en lo que han convertido este mundo que podría haber sido distinto”.

Siempre me gustó la crónica. Cuestiones que no recordaba del 2006, que la final fue un 9 de julio, que soñaba que Tevez aunque fuera de Boca metiera un gol en esa final

7. La Gorda Matosas fue Haydée Luján Martínez, una histórica y muy conocida hinchita de River Plate. Durante años fue una figura emblemática de la tribuna, antes de que las barras bravas dominaran ese espacio con su habitual aporte a la civilización. La apodaron “Matosas” porque el defensor uruguayo Roberto Matosas, jugador de River en los años sesenta, le regaló su camiseta número 6. Ella la usó durante décadas para ir a la cancha. Seguía a River a todas partes y era célebre por su carácter fuerte, su gorro y su vestimenta roja y blanca.

en fecha patria. Y siempre buscaba cómo terminar los textos para ser publicados, siempre tuve la obsesión por publicar, en eso reconozco que sigo siendo igual.

“Todos hablaremos de la pelota. Eso es lo que vuelve excitante estas épocas, por eso la gran cábala que tengo, más allá de la cantidad de partidos que pueda ver, es poner un televisor en la sala de espera”.

Me despidió del texto e intentó buscar otros textos escritos sobre el mundial y la pelota en otros momentos de estos años y sobre todo en tiempo mundialistas.

—Nos vemos en el próximo Mundial. (Sonrío). No sabe que todavía le quedan muchos y que saldremos campeones en el 2022 y quizás hoy, 19 de julio del 2026. Tampoco sabe que un día va a escribir un libro donde volverá a encontrarse/me. Y yo tampoco sabía que, veinte años después, iría a descubrir algunas ideas y que ese psicólogo preocupado por su realidad laboral también soñaba delirar con el fútbol, se iba llenando de cábalas e identificaciones complejas de amor y odio con la camiseta, con el país, con el mundo y que, sin darse cuenta, ya había comenzado a escribir este libro.

El tobillo ensangrentado y el muslo desgarrado

Mundial 2014

La Copa del Mundo de Qatar no empezó para los argentinos en diciembre de 2022. Empezó ocho años antes, en el Maracanã el 13 de julio de 2014. Hay victorias que no nacen del deseo de ganar sino de la necesidad de reparar una derrota. El triunfo contra Francia en el 2022 fue, por supuesto, un campeonato del mundo. Pero también fue otra cosa. Fue el final de una historia que había quedado abierta desde Alemania 1, Argentina 0.

Durante años dijimos que habíamos estado cerca. en realidad con ese existismo que nos caracteriza, habíamos quedado frustrados. Recordamos el remate de Higuaín, el mano a mano de Palacio, la atajada del arquero y la falta de Neuer que muchos consideran penal, el gol de Götze. Pero también recordamos una ausencia: Ángel Di María. Un desgarró en el muslo, sufrido frente a Bélgica, lo dejó afuera de las semifinales y de la final. La Selección llegó al partido más importante sin uno de sus jugadores más desequilibrantes. La derrota terminó escribiéndose también sobre ese “músculo roto”.

Las grandes epopeyas siempre necesitan una herida. La Ilíada es el talón de Aquiles. Los relatos medievales están llenos de caballeros marcados por cicatrices. El deporte moderno conserva esa vieja lógica. Los cuerpos guardan la memoria de las derrotas. Por eso, cuando en 2021 vimos el tobillo de Messi cubierto de sangre después de la semifinal contra Colombia, aquella imagen quedó grabada para siempre. Ya no era solamente una lesión. Era un cuerpo dispuesto a

pagar el precio de la victoria. Algo parecido ocurría cada vez que Di María volvía a tirarse al piso llevándose la mano a la pierna o al tobillo. Cada golpe despertaba el recuerdo de 2014. Como si el cuerpo insistiera en volver al lugar donde la historia había quedado interrumpida.

En los Mundiales nos volvemos supersticiosos. Creemos que un tobillo inflamado puede anunciar una tragedia, que un cambio de canal modifica el resultado, que un jugador lesionado arrastra una maldición. Nos reímos de esas ideas y, sin embargo, todos las compartimos. Las cábalas son la forma popular que adopta el deseo cuando descubre que no tiene ningún poder sobre los acontecimientos.

Recuerdo una frase de Spinetta que no encuentro en ninguna canción, que el deseo siempre agazapado, nos sorprende, cruel venganza, por la espalda. En el fútbol pareciera agarrarnos a la altura de los tobillos. Allí donde duele un golpe, donde aparece una venda, donde asoma la sangre, sentimos que también está en juego algo nuestro. El tobillo de Messi y el muslo de Di María dejaron de pertenecerles exclusivamente a ellos. Pasaron a integrar la memoria corporal de millones de personas.

Freud decía que en las masas los afectos se contagian. El fútbol confirma esa intuición. No solamente gritamos un gol. También sufrimos un esguince, un desgarró, una patada. El cuerpo del jugador se vuelve el lugar donde depositamos nuestras propias frustraciones y nuestras esperanzas. Cuando Messi sangra, sentimos que algo de nosotros sangra con él. Cuando Di María levanta la Copa, también sentimos que una vieja herida termina de cicatrizar.

Por eso el triunfo de Qatar no fue únicamente deportivo. Reparó una derrota que llevaba ocho años esperando. Nos permitió volver sobre el Maracanã y escribir un final distinto. Las victorias importantes no borran las pérdidas. Las resignifican. Les cambian el lugar en la memoria.

La gambeta de Dios. La muerte de Maradona

2020

El 25 de noviembre de 2020 despertamos con una noticia que nos impactó y que quedará para siempre en la memoria de los argentinos: murió Maradona. La cantidad de mensajes que comenzaron a llegar tenía todos los tonos, pero sobre todo expresaban tristeza y la constatación de lo importante que fue y seguirá siendo nuestro número diez. Nos sorprendió la noticia porque, aunque sus internaciones habían comenzado muchos años antes, creíamos que iba a poder gambetear la muerte una vez más.

Y todos intentamos decir lo que sentimos. Eduardo Galeano, en *Cerrado por fútbol* (2017), lo llamó “el más humano de los dioses”. Es una definición formidable, porque pocas personas atravesaron tantas transformaciones a lo largo de su vida y, en todas ellas, fue imposible dejar de mirarlo. Nunca sus palabras pasaron inadvertidas.

Siempre fue gambeteador y polémico. Una cosa y la otra parecen resumidas en los dos goles que le hizo a Inglaterra: la Mano de Dios y el Gol del Siglo. En uno desafió las reglas; en el otro gambeteó a todo el que se cruzó en su camino. También se gambeteó a sí mismo en las miles de veces que se perdió en la noche, en esas salidas que parecían no tener retorno hasta que un amigo lograba devolverlo a la soledad de su cuarto.

Silvia Bleichmar, una querida psicoanalista, escribió hace algunos años que eso que resiste se llama Maradona.

Decía: “En un país cuya población resiste diariamente al despojo, ya no sólo de sus bienes sino de su identidad; en un país que se resiste a la agonía de despojarse de su identidad para asumir esa otra, supuestamente más verdadera, que los acreedores del primer mundo le proponen; en ese país que resiste, resiste también el amor a Maradona”.

Maradona es haber salido de la villa miseria sin olvidarse nunca de dónde salió. Es, como decía mi padre, esa pobreza que se lleva “en el orillo”. Es el lugar del que venimos y al que siempre podemos volver para buscar algo de nuestra identidad.

Maradona era también el lugar donde muchos argentinos íbamos a buscar una parte de nosotros mismos. Siempre fue imprevisible, como nuestra propia identidad: contradictoria, apasionada, excesiva. Sin embargo, hubo convicciones que sostuvo hasta el final. Mientras su cuerpo perdía agilidad, sus posiciones parecían afirmarse cada vez más. Sabía que su lugar estaba del lado nacional y popular y que había que denunciar los despojos producidos por los distintos imperialismos.

Muchos dirán que Diego era Dios, y en algo tienen razón. Como sostiene Juan José Panno, Maradona no murió a los sesenta años sino a los novecientos setenta, como Matusalén. Vivió tantas vidas en una sola que parece imposible resumirlas. La mayoría de los argentinos lo vimos alguna vez. Yo lo recuerdo un fin de año en una playa. Allí estaba, en medio de una fiesta, rodeado de gente. Los que pasábamos le gritábamos “¡Diego!”, alguno se animaba a tirarle una pelota, y él casi siempre respondía. Parecía amado por la pelota, y sabía que viviría rodeado de ella hasta el último día. Así fue.

Como recuerda Juan Forn, tuvo mil nombres: Pelusa, Cebollita, Barrilete Cósmico, la Mano de Dios, Segurola y Habana, “me cortaron las piernas”, “la pelota no se

mancha”, “más solo que Kung-Fu”. Fue el que dijo: “Yo nunca quise ser un ejemplo”. También: “Yo me equivoqué y pagué”. Y aquella frase inolvidable: “Yo nací en un barrio privado: privado de luz, de agua, de teléfono y de gas”. También dijo: “Cuando entré al Vaticano y vi todo ese oro dejé de creer”. Y otra que quizás lo resume mejor que ninguna: “Soy completamente zurdo: con el pie, con la mano, con la cabeza y con el corazón”. Finalmente, dejó una frase que explica su relación con el pueblo: “Gracias a la pelota le di alegría a la gente; con eso me basta y sobra”.

El pueblo argentino lo despidió. Las Madres y Abuelas de Plaza de Mayo. Los dirigentes políticos. El Gobierno decretó tres días de duelo y abrió la Casa Rosada para que cientos de miles de personas pudieran darle el último adiós. Mientras escribo estas palabras escucho a una mujer cuestionarlo por sus posiciones machistas y por sus contradicciones respecto de sus hijos e hijas. Y es cierto: Maradona fue también eso. Cada uno encuentra un motivo distinto para hablar de él. Pero hay algo sobre lo que difícilmente exista discusión: Maradona fue una de las formas más intensas de la pasión argentina.

Hecho a imagen y semejanza de nuestras propias contradicciones, fue capaz de condensar la genialidad y la caída, la viveza criolla y la fragilidad, las resurrecciones y los derrumbes, la rebeldía y el exceso. Quizá por eso su muerte dolió tanto. Porque no despedíamos solamente a un futbolista. Despedíamos una parte de nosotros mismos.

Queremos despedir a nuestro Barrilete Cósmico. Y sabemos que, de una manera extraña, cada vez que una pelota vuelva a gambetear rivales, volveremos a verlo. Siempre volveremos a verlo.

El primer mundial planetario del siglo XXI

Mundial 2022

Muchas preguntas recorren nuestra alegría en estas semanas alrededor del Mundial. Se habló del hincha internacionalista, poniendo como ejemplo la pasión que despertó nuestra selección en Bangladesh, a más de 17.000 kilómetros de distancia. También se dijo que en Qatar se jugó la mejor final de la historia. ¿Alguien volvió a mirar Brasil-Italia de 1970 o Alemania-Hungría de 1954? Las preguntas y los comentarios siguen multiplicándose y todavía masticamos, casi con indigestión, aquello de “muchachooooos...”, que esperamos siga resonando durante mucho tiempo.

Es necesario remarcar algunas diferencias de este Mundial con respecto a otros. Fue el primero luego de la pandemia de 2020. Muchos estudiosos ubican ese año como el del alumbramiento, nacimiento, advenimiento o llegada del siglo XXI. ¿Cómo es posible que un siglo no siga el estricto almanaque que lo ubicaría en el año 2000? La respuesta es sencilla. Si el siglo XX terminó antes de tiempo, con la caída del Muro de Berlín en 1989 (Eric Hobsbawm sostuvo que fue el siglo más corto de la historia contemporánea), ¿por qué no hipotetizar el comienzo del siglo XXI en 2020, con la viralización del Covid y la explosión de las múltiples pantallas, los memes, las historias y los emojis? Si fuera así, el Mundial de Qatar sería el primer Mundial del siglo XXI y, en cierto sentido, debería cambiar su nombre: más que un Mundial, fue el primer Mundial planetario.

El siglo XXI hizo estallar el mundo. No hicieron falta bombas atómicas sino bombas algorítmicas que transformaron a las personas en perfiles y avatares. Injertaron en nuestras manos un objeto, el celular inteligente, desde el cual interactuamos hasta el punto de crear un nuevo planeta que, en muchos aspectos, terminó sustituyendo al mundo.

¿Cuáles son las características de ese nuevo planeta? Una de ellas es un proceso de homogeneización planetaria. Un chico de clase media argentino se comporta, más o menos, como uno de clase media chino; del mismo modo, un hincha argentino puede alegrarse de manera parecida a un hincha de Bangladesh. ¿Qué cambió? Las redes sociales, los celulares inteligentes y la realidad aumentada homogeneizan el planeta. Los perfiles y los avatares no duermen ni de noche ni de día. El tiempo real modificó la noción témporo-espacial. El *lawfare* y las *fake news* pueblan el planeta de una nueva forma de gobierno derechizado, orientado hacia el emprendedurismo y el cansancio de sí mismo, como sostiene, entre otros, Byung-Chul Han.

El planeta ha creado nuevos seres humanos que ya no son simplemente *Homo sapiens sapiens*. ¿Cómo son esos seres? Presentan cambios evidentes de ánimo. Pueden pasar de la alegría más descomunal al abatimiento más profundo, hibernando todo el día, escroleando historias ajenas sin final. Otra característica, además de la tendencia a la homogeneización y a esos cambios anímicos, es la enorme expansión de lo que los norteamericanos denominan espectro autista: cada cual metido en su celular, enviando señales de supervivencia desde su isla desierta y alegrándose por la cantidad de emoticones y reacciones que recibe desde otras islas, también alejadas, pero tan accesibles para la sociedad meritocrática del like y de los influencers.

Pero volvamos al Mundial, que fue el primer Mundial planetario del siglo XXI y que nos permite vislumbrar no tantas negatividades (que no es lo mismo que cuestiones negativas), sino también algunas novedades del “progreso” entre los seres humanos. Ya dijimos una de ellas: una alegría incomparable, esa identificación al cuadro que ya no depende del barrio en el que vivimos. Eso permite que Bangladesh sea Argentina. Esa identificación internacionalista es propia de la idea de planeta como unidad.

También asistimos al encumbramiento de un nuevo tipo de héroe: el que merece tenerlo todo. Messi despertó sentimientos nuevos, propios de este siglo XXI. Si bien el poder se ha vuelto cada vez más concéntrico y se ha acumulado como nunca antes en pocas manos, donde el uno por ciento de la población concentra buena parte de la riqueza del planeta, pocas veces una figura épica, un ídolo, puede hacernos sentir que todavía es posible cambiar la historia. Por eso despertó tantos deseos de que lograra aquello que le faltaba. Por suerte es argentino. Y por suerte queríamos lo mismo que él. No deja de ser llamativo cómo hasta sus propios compañeros parecían jugar sacrificándose para que su capitán consiguiera el único blasón que le faltaba para ser considerado el mejor jugador de todos los tiempos.

Parecía que el planeta entero quería esa gesta épica. Más allá de que todo se encuentra bajo la mirada del VAR y de las múltiples pantallas, su éxito demostró que el ser humano sigue siendo único y que todavía puede impulsar aquello que le falta y ansía como el mismo oxígeno: la belleza y la realización de sus sueños.

El primer Mundial planetario tenía que ser ganado por Messi, el mayor exponente del fútbol, un juego que por un lado coloniza las mentes planetarias y, por otro, estimula la gesta épica. Por eso produjo una de las mayores

peregrinaciones que recuerdan estas tierras. En ningún otro Mundial hubo tantos memes, tantos *streamings* desde el propio vestuario de los jugadores. Incluso tenemos el caso del Kun Agüero, que pasó de estrella del fútbol a influencer, “twitchando” con un éxito arrollador, casi tan grande como el que había tenido dentro de la cancha.

Quedan muchas cosas por decir, para seguir diciendo. Nada de esto desmerece que la alegría se vivió como nunca. Los jóvenes sacaron por un rato la mirada del celular y volvieron a mirar, como en la década del ochenta del siglo pasado, el televisor del living. Se abrazaron con toda la familia, salieron a las calles de todo el país y, cantando, llegaron por la avenida Corrientes hasta el Obelisco.

Nadie se va a olvidar de este Mundial planetario. Por momentos, el siglo XXI parecía festejar de alegría a nuestro lado. Disfrutamos con nuestros hijos e hijas ese anhelado triunfo porque, aunque el siglo mostró su nacimiento y sus problemáticas, aquella final nos recordó que el ser humano no puede ser encasillado por ningún algoritmo que nos diga qué pensar, si fue o no “offside” y hasta dónde tenemos que alegrarnos.

La cancelación del fuera de juego

Mundial 2022

Esta semana me encontré con temas sobre los que vengo escribiendo desde hace muchísimos años, pero que, a pesar de la reiteración, irrumpieron de una manera inesperada. Por un lado, el Mundial de fútbol, la pasión redonda, la pelota que genera un movimiento de subida perfecto según las fuerzas de la física, pero cuya caída genera una enorme incertidumbre. Los imprevistos pueden terminar en el fondo de la red o pegar en el poste e irse afuera: esa es la diferencia abismal entre ganar o perder.

En este Mundial de Qatar existe menos incertidumbre. La pelota tiene un chip que reduce esa radical incertidumbre ubicando a los cuerpos con precisión milimétrica. El fuera de juego es probablemente la regla más difícil de comprender para cualquier persona, pues implica al que mira, al árbitro, al juez de línea, al VAR, al instante de la salida del pase y a la posición del receptor activo, con todo su cuerpo por detrás del último jugador de campo. Una verdadera trabazón de posiciones, una transversalidad difícil de captar por la mirada humana. Un *locus*, en un cuadrante que llamamos cancha de fútbol: un espacio de acciones, decisiones, instantes e incertidumbres que ahora recibe un *verdictum* dictado por una computadora: fue o no fue *offside*.

La pelota, que ahora casi debería llamarse balón-chip, genera un tipo de *verdictum* inapelable, milimétrico, y abre debates acerca de las consecuencias que estamos viviendo con la entronización de las nuevas tecnologías y las

múltiples pantallas. Las estrellas del fútbol ya no sólo son jugadores sino también representaciones gráficas, avatares que terminan convirtiéndose en la repetición objetiva de una jugada para producir un veredicto. Ya no se trata de la mirada del árbitro ni siquiera de los asistentes del VAR. Se trata de una mirada separada de lo humano. Se trata del comienzo de esa llamada poshumanidad, una de las posiciones más temidas y, al mismo tiempo, más ansiadas respecto del futuro del ser humano y la tecnología.

La caída de la pelota minimiza una incertidumbre propia del fútbol anterior al siglo XXI, pero maximiza un efecto contrario: la desilusión. Ya no se trata únicamente de lo imprevisto sino también de la estrategia de jugar sabiendo que todo será observado por las nuevas tecnologías. Los cuerpos de los jugadores son identificados dentro de un cuadrante donde hasta un hombro puede definir una jugada, como nos enseñó el director técnico francés de Arabia Saudita. Sabiéndose inferior como equipo, se animó a jugar al borde del precipicio y terminó ganando. Un equipo repleto de estrellas se encontró frente a una lógica que parecía desconocer. Convertidos en avatares por las nuevas tecnologías, terminaron desconcertados y todo un país lloró el resultado. Ya no luchaban solamente contra un rival, sino contra unas tecnologías que habían cambiado las reglas del juego.

Por otro lado, volvió a la televisión abierta el programa “Gran Hermano”. Desde hace años hablamos sobre este fenómeno y, sin embargo, seguimos debatiéndolo y aprendiendo de él. Sus antecedentes pueden rastrearse hasta el siglo XVIII con el panóptico de Bentham: un artefacto pensado para producir sujetos observados permanentemente sin saber nunca quién los está mirando, ni siquiera si realmente los están mirando. Ese es “Gran Hermano”, como nos recuerdan una y otra vez, que “todo lo ve”.

Allí están los participantes, mostrándose durante meses, alejados de sus amigos y de sus familias, desprendiéndose de sus vidas cotidianas para construir otra completamente artificial, aceptando ser observados hasta en los mínimos detalles. Nada puede esconderse. Hasta pedir permiso para tener relaciones sexuales forma parte del espectáculo. Gran Hermano, que todo lo ve, expone sus propios veredictos, descubre las tramoyas, revela los acuerdos para votar a los posibles expulsados. Es un programa que puede verse durante todo el día, que despierta el ansia de mirar la intimidad del otro, un voyeurismo masivo y aceptado, generando tendencias permanentes en redes sociales. Los espectadores también participan: se ponen de acuerdo para votar quién debe abandonar la casa. Ya no se trata solamente del programa sino de todo lo que bulle a su alrededor: las redes sociales, los opinólogos y las conversaciones cotidianas.

Y ni siquiera se trata únicamente de los participantes ni de ese mirar sin ser mirado. Se trata de lo que ocurre afuera. Esta semana, una participante, “La Tora”, fue expulsada y comenzó inmediatamente a hacer lobby para volver. El juego no termina cuando se sale de la casa. Claramente, el adentro y el afuera ya no están tan bien delimitados. Todos somos mirados. Continuamente recibimos veredictos acerca de si estamos o no fuera de juego, mientras llevamos en el bolsillo un dispositivo que jamás dejamos a más de un brazo de distancia: nuestro celular.

Los participantes postulan a quienes desean expulsar; quienes finalmente deciden son las redes sociales. Gran Hermano nos muestra apenas fragmentos de los interminables días dentro de la casa. Esos pequeños recortes alcanzan para despertar adhesiones, rechazos o cancelaciones.

Nuevamente se trata de un juego donde los cuerpos son medidos al milímetro. Se buscan los fuera de juego, quién

gana y quién pierde. Los participantes deben explicar en el confesionario las razones de sus votos y casi siempre apelan a la estrategia o a una mala espina. El efecto sociológico de Gran Hermano resulta fascinante. En apariencia, es un juego cuyo objetivo consiste en expulsar a otros para quedarse con un premio millonario. En el fondo, es una gigantesca maquinaria de reconocimiento del lugar del ser mirado. Tu cuerpo queda fijado en un cuadrante. Al salir de la casa ya no sos simplemente famoso: sos reconocible. Todos conocen tu manera de hablar, de amar, de jugar, hasta tus lunares, tus gestos, tus despertares. Tu intimidad deja de pertenecerte. Te conocen más de lo que alguna vez soñaste que alguien pudiera conocerte.

Ya no se trata solamente de salir a una cancha o caminar por la calle. Se trata de la ubicación precisa de un cuerpo dentro de un cuadrante más preciso que un GPS, de la posibilidad de conocer no sólo los apodos íntimos de una persona sino también la posición exacta que ocupa respecto de los demás.

La cultura de la cancelación, por un lado, y la localización permanente de lo íntimo, por el otro, han convertido tanto a los jugadores de fútbol como a los participantes de Gran Hermano en avatares. El veredicto es inapelable. El ser humano tiene cada vez menos para decir frente al avance de estas tecnologías. Tus lunares y tus fuera de juego, tus pequeños pecados cotidianos, forman parte de una estrategia que ya no se juega solamente dentro de la cancha. Afuera y adentro dejaron de ser categorías tan claras. Vayamos entonces a quejarnos de nuestra suerte futbolística al confesionario de Gran Hermano y candidateemos al VAR.

¿Qué pasó después del Mundial 2022?

2023

La política y el deporte no fueron antagónicos aquel diciembre. Parecíamos todos igualados. Pero un año después la rivalidad entre argentinos y argentinas nos convirtió nuevamente en enemigos. La historia argentina está repleta de estas enemistades que terminan invalidando (sobre todo por el vaivén hacia la ultraderecha) el propio juego de la democracia. Siempre los polos, los equipos enfrentados en batallas campales, con muertos que hicieron que todavía hoy en el fútbol local la hinchada visitante no pueda asistir a ver a su equipo. Parecen confundirse las injusticias y la violencia con la pasión que genera el fútbol. Quizás por eso, de chico y también de grande, el fútbol no terminaba de gustarme: porque muchas veces esconde lo peor de la política, el pan y circo y un poderoso generando oposición que, en definitiva, concluye en más poderío del que ya tenía. La Selección nos reunió, pero unos meses después llegó una de las mayores amarguras que recuerdo. No quiero hablar de política; no se trata de eso en estos textos. Pero, ¿cómo no hacerlo?

La pasión suele ser resaltada como una de las mayores virtudes, pero también puede llevar al deseo de aniquilar al otro o, por el contrario, a la búsqueda del consenso. La democracia recuperada en 1983, a pesar de sus fueras de juego, sus córners, sus goles, sus goles en contra, sus traidores y sus héroes, logró seguir en partido. Hasta que apareció un jugador que parecía negar el juego mismo.

Dijo que todo había sido una fiesta. Que ahora había que pagarla. Y que la maldita inflación tenía apenas dos causas: el agrandamiento del Estado y una descontrolada emisión monetaria. De todas las variables posibles elegía sólo dos. Dejaba afuera la patria financiera, el problema de ser un país bimonetario y a la clase dominante fugadora serial de divisas.

La Selección logró embellecer la emoción y volvernos, por un rato, un “país sufridor”, apasionado, resultadista, maníaco-depresivo. Subimos y bajamos. Somos los mejores y, de repente, los peores. Llegamos incluso a decir que lo peor de la Argentina somos los argentinos. Pero sentimos por un rato lo que era estar unidos por una causa común.

Eran los jugadores, casi todos emigrados, quienes daban el ejemplo, aunque también estaban en otra realidad, parecían quererlo todo: la moneda fuerte del norte y el sudor del sur; vivir como ricos y seguir jugando como en el potrero. Eran quienes habían logrado salir de la pobreza y la selección para ellos era no dejar de reconocer a su país, a su familia y a su gente, aunque escriban sus historias deportivas en las grandes metrópolis. Es una dolorosa constante. Otro caso es Brasil, cuya selección prácticamente no tiene jugadores actuando en su liga local. Y también es un tema universal, en Francia, la mayoría de futbolistas son afrodescendientes, descendientes de pueblos que durante siglos fueron esclavizados y colonizados. Eso es también lo fascinante del Mundial: permite echar un vistazo sobre cómo está nuestro país y también el mundo.

Argentina, país de grandes inmigraciones a finales del siglo XIX y ahora un país atravesado por distintas emigraciones: la de la dictadura, la del 2001 y la de estos últimos años. Siempre soñando con otros países donde se pague mejor y donde, suponemos, se viva mejor. Siempre buscando la hazaña de la supervivencia.

La Selección argentina, cuyos jugadores viven en su enorme mayoría fuera del país, nos devuelve por un rato una unidad que conseguimos “desde afuera”. Allí aparece una pregunta que excede al fútbol: ¿qué representa esa pasión para países como los nuestros representados por jugadores que han logrado irse y vivir como pocos?

Estos privilegiados deportistas, nacidos en países atravesados por enormes heridas, además de sus historias querían regalarnos una alegría. Pero también nos reflejaban preguntas que padecemos todos los días: ¿Será que la Argentina necesita sufrir antes de llegar a la otra orilla? ¿O será que nos han ido quitando la alegría, como tantas otras cosas?

Pero con el fútbol no pudieron. El fútbol se vive en las calles, en las casas, en los grupos de amigos. Durante el Mundial explotó toda la Argentina. En el Obelisco se clavó una bandera; los semáforos se transformaron en columpios; las paradas de colectivos fueron tribunas y los autos, carruajes de un desfile interminable. No debemos olvidar que aquel Mundial fue en Qatar, el primero verdaderamente planetario: el VAR, la cancelación del juego por centímetros, los jugadores transmitiendo videos desde la intimidad de Messi, del Dibu, de Enzo o de Julián Álvarez, repetición eterna de jugadas únicas vistas desde millones de celulares. Y, sin embargo, a pesar de toda la tecnología, la suerte siguió metiendo la cola.

El fútbol ofrece su cóctel de pan y circo y, al mismo tiempo, constituye una de las formas más extraordinarias de acercarnos a las preguntas definitivas sobre el ser nacional. La forma redonda de la pelota representa la esperanza de salir de la pobreza, de abandonar las canchas de barro para llegar al césped perfecto de Europa. Nuestro fútbol nació en esos potreros embarrados donde la pelota hacía lo que quería y donde el azar la convertía en una

pelota de rugby. La política de estos años, mientras tanto, la iba desinflando con el empobrecimiento de la población. Nosotros parecemos ir y venir entre diferentes posiciones políticas, peleándonos con la familia, con los amigos y con los compañeros de escuela y además defendiendo la identificación a alguna camiseta que finalmente también genera separaciones y violencia.

“Muchachos” quedará como esa canción que volveremos a escuchar en los próximos años. Quedarán momentos que se vuelven gestos detenidos, instantes que parecen capaces de cambiar la historia. Y allí el protagonista no es solamente el héroe sino también el hincha, ese jugador número doce que nunca entra a la cancha pero juega con sus gritos, con su pasión y con ese modo único de sentir.

El domingo conoceremos el final de este Mundial. En el epílogo lo sabremos; ustedes ya lo conocen. Si bien estos textos terminarán, la historia argentina continúa con el paso del tiempo. Siempre después de un Mundial viene una elección general. ¿Qué diremos en 2027?

Una escritura arriesgada, por el deporte y por la política de la pelota: sabemos cuánto hemos sufrido, pero ignoramos qué nos deparará el destino aunque algunas cuestiones sí podemos vislumbrar. Como ocurre en la vida. En estas cinco décadas retratadas desde el Mundial de 1978 aparecen algunas repeticiones, equivocaciones, logros, lo que nos hicieron, lo que sufrimos, los diecisiete ceros que le quitamos a nuestra moneda, las lágrimas que vuelven por el mismo surco aunque siempre sean lágrimas nuevas. La historia nunca se detiene, aun cuando parezca repetir la misma historia.

No es lo mismo el fútbol que la política, aunque la política se aproveche del fútbol y el fútbol también haga política. El fútbol es un espejo donde podemos mirarnos y detener por un instante el tiempo para comprender

mejor nuestra historia. Nos permite volver sobre lo vivido y seguir haciéndonos las mismas preguntas: qué significa ser argentino, qué futuro queremos para nuestra patria, cómo vivir tranquilos con nuestros amigos, con nuestro trabajo, con nuestra vida, sin sentir que sería mejor vivir en otro lugar. Ojalá que nuestra tierra, más allá del resultado del domingo, pueda ser un poco más justa. Que el otro deje de ser un enemigo y vuelva a ser un compañero, un compatriota, un hermano.

CAPÍTULO III

Cosas de pelotas

Fútbol y subjetividad

Las pelotas del consultorio

Jugar a la pelota. Es una actividad que les gusta mucho a nuestros hijos. Y no solamente a ellos: a nosotros también nos gusta. La vida después de un picado no es igual. Pasa de todo. Es muy distinto si ganamos o perdemos. Contarlo después resulta hasta gracioso, porque hay tantas otras cosas más importantes que el fútbol. Pero, cuando uno está ahí, no hay nada más importante que saber si ese foul fue o no fue, o si el arquero, de haber sido otro, habría llegado a tapar esa pelota. Tantas cosas hay ahí: el equipo, la cancha, el público. Pero, sobre todo, está la pelota. Y hoy, si me permiten, quisiera hablar de ella.

Porque, ahora que lo pienso, en mi consultorio hay muchas pelotas. De muchos tipos, de muchos colores, de distintos tamaños y consistencias. No hay casi nadie que entre al consultorio y no se acerque a alguna de ellas. La pateo, la mira, la toma entre sus manos o, simplemente, la acerca hacia sí.

Es llamativo que también tenga pelotas con los colores de distintos equipos de fútbol. Muchas de ellas fueron regalos de pacientes que las dejaron en el consultorio para cuando vuelvan, para cuando en el futuro se den otra vuelta a verme y a ver cómo andan sus pelotas.

Pero, al haber tantas pelotas de distintos cuadros, sucede algo curioso. Cuando llega alguien nuevo y se acerca con la intención de patear alguna, primero se detiene, mira los colores, descubre que no son los de su equipo y se aleja sin tocarla. Hasta para jugar hay que saber a qué colores pertenece la pelota.

La pelota fascina. Y por eso el consultorio está lleno de pelotas.

Que dos personas se pongan a jugar con una pelota abre un espacio increíble. Desaparece por un momento la diferencia entre una y otra. Las dos se convierten en jugadores. Y ambas, además de querer jugar, ganar y divertirse, hacen del otro un compañero de juego y, al mismo tiempo, un competidor.

Cada vez que la pelota va de uno a otro recuerdo esa alegría que sentimos cuando, caminando por la calle, una pelota perdida nos busca y nosotros podemos patearla. Los que la perdieron esperan que nuestra patada sea precisa y se las devuelva. Cuando esa pelota llega hasta nosotros como una pequeña bendición de la vida, ellos y yo miramos hacia dónde va, esperando que caiga en el lugar adecuado.

Mi patada fue precisa. Lo suficiente para demostrarme que todo aquel pasado de chico con una pelota no se había olvidado del todo. Y ese “gracias” lejano, pronunciado con una entonación especial, traía seguramente también una aprobación.

Algo parecido ocurre cuando juego con un chico en el consultorio. Otra vez aparece la alegría del juego. Y en esa alegría también están él, el agradecimiento, la aprobación y el aprendizaje.

La pelota me recuerda a Osvaldo Soriano cuando contaba sus grandes relatos de fútbol, ese amor por la pelota y la manera en que allí se esconde la transmisión de una pasión entre un padre y un hijo.

También me recuerda a Enrique Pichon-Rivière, quien en *Psicología de la vida cotidiana* analiza el poder fascinante de ese objeto en disputa que es la pelota y sostiene que, si el fútbol es comunicación, la pelota es el mensaje que va de uno a otro.

Y así estoy yo, esperando con la pelota que alguien entre al consultorio queriendo no solamente comunicarse conmigo, sino también mandar un mensaje al otro por intermedio de ella.

La pelota va y vuelve. Devuelve una sonrisa, una aprobación, una palabra lejana. Nos recuerda un sentimiento de pertenencia y también el recuerdo de otras épocas.

Podemos hablar del público, del jugador o del equipo. Pero hoy me interesa el objeto de la disputa: la pelota. Ese objeto fundamental sin el cual nada comienza.

El fútbol constituye una descarga y cumple maravillosamente esa función. Es un ritual que congrega a espectadores y jugadores en una ceremonia que tiene algo de magia y de catarsis. El arco, donde el arquero ocupa un lugar fundamental, puede parecer invencible o, por momentos, dejar al descubierto la más absoluta indefensión.

Pero no hay nada comparable con la fascinación que ejerce la pelota. Alcanza a cualquiera.

Es fácil comprobarlo. Casi cualquier persona a la que le llega una pelota siente la necesidad de devolverla. Sigue el recorrido de su disparo y espera, aunque sea secretamente, la aprobación del otro. Casi nadie reacciona indiferente ante la llegada azarosa de una pelota.

La pelota es un objeto deseado, pero también temido. Tenerla es un privilegio. Perderla puede vivirse como un fracaso imperdonable. Retenerla demasiado puede convertirnos en morfonos. Pasarla implica confiar en que el otro sabrá recibirla y devolverla.

En el consultorio ocurre algo parecido. La pelota puede romper por un instante la distancia entre el paciente y el terapeuta. Puede hacer circular algo que todavía no encuentra palabras. Puede llevar un mensaje, una rivalidad, una demanda, una alegría o una forma de acercamiento. A veces, antes de poder decir algo, hay que patearlo. Si el fútbol es comunicación, la pelota es el mensaje.

No jodan las pelotas

Debe haber tres o cuatro significantes privilegiados en la vida de los argentinos. Uno de ellos, sin ninguna duda, son las pelotas. Y en tiempos de Mundial ese significante se convierte en una verdadera tragicomedia maníaco-depresiva.

Las pelotas están por todos lados. Tener pelotas. Romper las pelotas. Hinchar las pelotas. Hacerse pelota. Ser un despelotado. Patear la pelota para adelante. Nuestra lengua argentina juega con ellas tanto como nosotros.

Tener pelotas es tener coraje. Un coraje profundamente falocéntrico o, mejor dicho, pelotacéntrico. El psicoanálisis nos enseñó hace mucho que el falo no es el pene. Es una función simbólica. Sin embargo, los argentinos seguimos convencidos de que buena parte de ese coraje vive exactamente en las pelotas.

Pero también existe el problema inverso: tener demasiado tiempo la pelota puede convertirnos en morfonos. Ir contra el equipo. Jugar para uno mismo. Entonces aparece una de las contradicciones más interesantes del fútbol: ¿cómo tener la pelota sin ser morfón? El número diez carga justamente con ese problema. Es una camiseta pesada porque debe resolver ese intríngulis. Es el jugador que más puede tener la pelota, siempre que sepa desprenderse de ella en el momento justo. Gambetear no solamente a los rivales sino también al propio narcisismo.

Algo parecido ocurre con el cinco y con el nueve. Los puestos decisivos no son solamente una ubicación en la cancha. Son una forma de administrar la pelota. Llevar la pelota también es un arte. Hay que acelerar, frenar,

verticalizar, horizontalizar, transicionar. Hay que esconderla cuando conviene, pincharla, tirarla afuera para enfriar un partido o abrir el campo para que vuelva a circular. La pelota tiene su propia dignidad. Porque sin pelota no hay juego. Sin juego no hay emoción. No hay erotismo.

La pelota organiza una desigualdad curiosa: alguien gana y alguien pierde, pero las reglas hacen que incluso el derrotado pueda aceptar que hubo un motivo y que hasta el empate nunca sea empate.

La pelota tiene que estar en buen estado físico. Como la cancha. Como nuestro cuerpo. A veces nuestro cuerpo llega destruido al lunes y la pelota sigue impecable esperándonos para el próximo partido. Pero nosotros no vamos a ser de la partida porque quedamos hechos pelota.

Y no conviene nunca ser despelotados. Hay momentos en que la creatividad sirve, pero olvidarse las canilleras y salir con un golpe que duele hasta el tuétano no tiene nada de creativo. Para jugar hace falta, como en la vida, cierto orden.

Las canchas de nuestra infancia tampoco eran un ejemplo de pulcritud y orden. Antes de empezar un partido en el potrero muchas veces había que recorrer la cancha juntando vidrios. Tirarse a los pies podía significar encontrarse con un pedazo filoso que nadie sabía quién había dejado ahí. El potrero era otra escuela. La pelota del potrero trae una melancolía difícil de explicar. Hace volver a la madre que preparaba la comida mientras nosotros seguíamos jugando hasta que oscurecía. Hace volver a esa paciencia infinita con la que soportaba nuestros horarios, nuestras rodillas rotas y nuestra enorme capacidad para patear los problemas hacia adelante en lugar de enfrentarlos.

Hacerse pelota también forma parte del fútbol. ¿Quién no terminó lesionado alguna vez? ¿Quién no soñó durante un Mundial con ser campeón y despertó al día siguiente teniendo que ir a trabajar como si nada hubiera pasado?

Los sueños también se hacen pelota cuando suena el despertador. Por eso los mundiales despiertan algo tan profundo. Nos hacen regresar a la infancia. A todo aquello que imaginábamos para nuestra vida. Nos hacen presenciar la historia mientras, al mismo tiempo, vuelven nuestra propia historia presente.

La primera pelota fue un bollo de papel. Un trapo. Una media enrollada. Cualquier cosa capaz de rodar. Después aparecían las reglas. Las imponía la geografía. Si había un baldío, era una cancha. Si no había arcos, se hacían con dos buzos. Piedra, papel o tijera para elegir los equipos. Un punto de penal imaginario. Un área más o menos inventada. El área chica nunca importó demasiado.

Lo importante era que hubiera pelota. Después venían las posiciones. El tres. El cinco. El diez. El nueve. El arquero, siempre peleado con la pelota porque es el único que puede tocarla con las manos y, sin embargo, su trabajo es evitativo, impedir que entre.

Con los años terminamos ocupando lugares también fuera de la cancha. Hay quienes organizan. Hay quienes esperan. Hay quienes atacan. Hay quienes defienden. Las posiciones del fútbol terminan pareciéndose bastante a las posiciones que ocupamos en la vida.

Y después está la crueldad. Nunca nos tratan peor que jugando al fútbol. El fútbol es una escuela extraordinaria para la amistad, pero también para el insulto, para el bullying. Se trata de mojarle la oreja al otro. De hacerlo calentar. De bajarlo. Pasa la pelota y no el hombre, muchas veces quedamos en el camino.

Los picados tienen una característica maravillosa: nunca terminan cuando deberían terminar. Se juegan hasta que oscurece, hasta que ya no se distingue la pelota o hasta que alguno sale lesionado. Todos recordamos algún túnel humillante, algún planchazo de bronca, algún cabezazo del

gordo grandote que no sabía jugar y terminó rompiéndonos la nariz o la mandíbula para siempre.

Hay partidos que terminan. Otros quedan viviendo toda la vida. La pelota también es eso. Las marcas que permanecen. Esos partidos que nunca dejamos de jugar, aunque hayan pasado cuarenta años.

La pelota es un significante que circula entre nosotros, mientras las heridas permanecen. Y, finalmente, lo más importante: se trata de no hinchar las pelotas. Pero... ¿cómo salimos contra España?

¿Es Messi inteligente?

Si escucho hablar a Messi en una entrevista, probablemente me costaría atribuirle la cualidad de inteligente. Pero si lo veo jugar al fútbol, no tengo ninguna duda. Al contrario. Tengo la sensación de que viene de otro planeta, de que posee un tipo de inteligencia que todavía no sabemos cómo nombrar.

Entonces el problema ya no es Messi. El problema es qué entendemos por inteligencia. Hace tiempo que dejó de tener sentido hablar de la inteligencia en singular. Existen muchas inteligencias. Incluso podríamos pensar que cada revolución industrial fue produciendo una forma distinta de inteligencia.

Hoy vivimos aquello que suele llamarse la cuarta revolución industrial o capitalismo cognitivo. Apenas lleva dos décadas y ya modificó nuestra manera de vivir el tiempo y el espacio. Pantallas, celulares, redes, autopistas de conectividad, identidades virtuales e inteligencia artificial constituyen nuevas formas de almacenar, controlar, procesar y distribuir información. Vivimos rodeados de datos. Nos alimentamos de comida, pero también de datos.

Hace poco le preguntaron a una de las figuras centrales de las IAs, Sam Altman, uno de los principales impulsores de ChatGPT, cuáles eran los usos más frecuentes de esta tecnología. Su respuesta fue bastante sorprendente: resumir conversaciones interminables de WhatsApp y hacer preguntas estúpidas. La respuesta hace sonreír, pero también obliga a pensar.

No voy a explicar aquí qué es la inteligencia artificial. No tiene nada de metafísico. Se estudia. Es un conjunto

de modelos algorítmicos capaces de procesar enormes cantidades de información, resumirlas en segundos y producir respuestas cada vez más parecidas al lenguaje humano. Lo interesante ya no consiste en discutir si una inteligencia artificial es verdaderamente inteligente. Ese debate empieza a perder importancia. Lo importante es preguntarnos qué produce sobre nosotros.

Sócrates enseñaba desde el no saber. Su método consistía en agujerear el supuesto saber para despertar el deseo de conocer. Las inteligencias artificiales funcionan de otra manera. Responden antes de que la pregunta alcance toda su profundidad. Comprimen el tiempo de búsqueda. Y allí aparece un problema. No solamente responden preguntas. También pueden disminuir el deseo de formularlas. Buscan convertirse en una especie de Piedra Rosetta universal. Parecen decirnos que ya no hace falta descifrar los jeroglíficos porque alguien los descifrá por nosotros.

Como si la filosofía hubiera terminado. Como si ya no tuviera sentido preguntarse por aquello que Kant llamaba incognoscible o por eso que el psicoanálisis nombra como lo Real. Las máquinas parecen sentirse incómodas frente al misterio. Todo debe transformarse en probabilidad. Todo debe poder calcularse. Todo debe poder predecirse. Vivimos en la época de la tiranía de la probabilidad.

Pero hay algo profundamente humano que siempre escapa a ella. La ciencia nació justamente porque existía una dimensión de lo Real que resistía ser explicada. La inteligencia artificial, en cambio, trabaja reduciendo cada vez más esa zona de incertidumbre. Alimentada por millones de datos, intenta convertir lo imprevisible en una probabilidad cada vez más precisa.

Sin embargo, Messi aparece para desmentir esa lógica. Es improbable. Su forma de jugar hace pensar que el azar viaja pegado a su botín izquierdo. Hay jugadas que parecen

desafiar toda estadística. Ningún algoritmo alcanza a explicar por qué elige ese pase y no otro, por qué espera una fracción de segundo más que cualquier otro jugador, por qué encuentra espacios que nadie había visto. Messi obliga a ampliar nuestra idea de inteligencia. Quizás exista una inteligencia del cuerpo. Una inteligencia del tiempo. Una inteligencia del espacio. Una inteligencia del deseo.

Una inteligencia que no consiste en acumular información, sino en inventar soluciones allí donde nadie las esperaba. Las inteligencias artificiales no pueden sentir fanatismo. No se enamoran. No sienten vergüenza. No padecen enfermedades psicosomáticas. No hacen terapia. No atraviesan una melancolía. No conocen el miedo a perder una final del mundo.

Pueden escribir poemas, novelas o discursos. ¿Cómo no van a poder hacerlo? También podrán hablar mal de nosotros y concluir que somos seres demasiado emocionales, demasiado contradictorios y muy poco eficientes para aprender de nuestra propia experiencia.

Pero allí comienza nuestra diferencia. Nosotros tropezamos dos veces con la misma piedra. Nos enamoramos de quien no nos conviene. Lloramos por un gol. Construimos religiones. Inventamos dioses. Escribimos filosofía. Y seguimos preguntándonos por aquello que nunca terminamos de comprender. Tal vez por eso Messi nos fascina tanto: porque juega como si recordara que todavía existe algo que ninguna máquina puede calcular del todo. Mientras exista ese resto imposible de predecir, existirán también el fútbol, el deseo y la inteligencia humana.

La pandemia, el Dibu y los psicólogos deportivos

Emiliano Martínez parece salido de una historieta psi. Cada vez que ataja un penal no solamente intenta detener una pelota: intenta meterse en la cabeza del rival. “Te como, hermano, te conozco, te como”, repetía antes de los penales de la Copa América. Millones lo escuchábamos entre divertidos e incómodos. No era una frase. Era una escena clínica transmitida en vivo.

Siempre imaginé que, apenas terminaba el partido, el Dibu llamaba a su psicólogo. La pandemia había cambiado muchas cosas. También había cambiado la manera de hacer terapia. La comunidad psi no salió igual de la pandemia. Por un lado quedaron el miedo, la ansiedad, los trastornos que empezaron a dibujarse en las caras de una población que durante meses sintió que un sachet de leche, un paquete de manteca o el picaporte de una puerta podían traer un enemigo invisible. Por otro lado ocurrió algo inesperado: el consultorio dejó de ser un lugar fijo. Aquel escenario clásico del diván, la biblioteca y la pipa terminó abriéndose al planeta en una pantalla de video-conferencia. Comenzó una modalidad que todavía no termina de encontrar un nombre definitivo. La llamamos híbrida, mixta, bimodal. En realidad quiere decir algo muy simple: el consultorio ya no tiene paredes.

Y esa transformación le vino de maravillas al Dibu. No solamente porque vivía en Inglaterra, sino porque su trabajo consiste en convivir con un nivel de presión que muy pocos seres humanos soportarían. El Dibu llegó al arco argentino también por una consecuencia inesperada

de la pandemia. Franco Armani tenía coronavirus y no pudo disputar la Copa América y se le abrió una puerta inmensa y él hizo lo que hacen los grandes arqueros cuando la historia les da una oportunidad: no la devolvió nunca más.

Además hizo otra cosa. Fue uno de los primeros futbolistas argentinos de semejante nivel en contar públicamente que trabajaba con un psicólogo deportivo. Eso también fue una atajada. Porque ayudó a que muchos jugadores dejaran de esconder algo que probablemente hacían desde hacía tiempo. Siempre imaginé una sesión después del debut con Arabia Saudita.

—No puede ser —habrá dicho el Dibu apenas apareció la imagen del psicólogo en la pantalla— Me llegaron dos veces y me hicieron dos goles.

El psicólogo permaneció unos segundos en silencio.

—Parece un efecto retaliativo.

El arquero hizo un gesto de fastidio.

—No me rompas las pelotas con palabras difíciles. Decime qué hago.

El psicólogo sonrió. Sabía que el problema no eran los dos goles.

El problema era que el Dibu venía de construir un personaje. Durante meses les había dicho a los rivales que se los iba a comer. Había convertido aquella frase en una marca registrada. Incluso había protagonizado una publicidad para una cadena de hamburgueserías. Ahora sentía que el mundo entero estaba dispuesto a devolverle esas mismas palabras. Como si su propio personaje quisiera comérselo a él.

Pero el psicólogo no dijo nada de eso. Los psicólogos aprendemos que muchas veces es mejor esperar. Después llegó México. Llegó el segundo tiempo. Llegó ese zurdazo imposible de Messi que abrió un partido que parecía condenado al empate. Y también volvió el Dibu. En el

primer tiro libre peligroso salió a buscar la pelota en el aire sin dar rebote.

Voló, como si en ese salto hubiera decidido dejar de pensar.

—No importa que me miren millones de personas — le diría después al psicólogo. —Para ser arquero hay que cagarse en todo.

No era una mala definición de la profesión. El psicólogo lo escuchaba sabiendo que apenas podía sostener la neutralidad. También era hincha. También había sufrido. También había gritado el gol de Messi abrazándose con cualquiera que pasara cerca.

Pero durante la sesión intentaba seguir siendo psicólogo. Aunque costara. El Dibu no hacía un tratamiento tradicional. Lo llamaba cuando la angustia aparecía. Cuando necesitaba ordenar la cabeza. Cuando el arco empezaba a hacerse demasiado grande. Cuando el miedo a equivocarse ocupaba más espacio que la pelota. La modalidad híbrida permitía eso. Una sesión desde cualquier parte del mundo. Una sesión antes de un entrenamiento. Otra después de un partido. El consultorio ya no estaba en un lugar. Viajaba con el paciente.

Todos nosotros también estábamos haciendo algo parecido. Después de Arabia Saudita habíamos quedado hechos pelota. Los diez offsides anulados parecían una burla del destino. Gritábamos goles que desaparecían segundos después por decisión de un algoritmo. El VAR había llevado la tecnología hasta el límite de cancelar la alegría. En el primer tiempo contra México la Selección parecía atragantada. No podía jugar. No podía respirar. No podía sacar de encima esa mezcla de ansiedad y miedo. Hasta que otra vez apareció Messi. Siempre aparece.

El gol fue también un desahogo colectivo. Un país entero volvió a respirar al mismo tiempo. Quizás por eso

Messi dijo frente a las cámaras: “Cuando nos calmamos empezamos a jugar a la pelota...”. No fue solamente una explicación futbolística. Fue una definición psicológica. Cuando dejamos de pelear con el miedo, volvió el juego.

El fútbol es cada vez más estratégico, más tecnológico y más analizado. Las pelotas tienen chips. Las cámaras registran hasta el último movimiento. Todo parece medible. Y, sin embargo, un arquero sigue necesitando exactamente lo mismo que hace cincuenta años: confiar en sí mismo cuando todo el mundo duda. Por eso creo que el Dibu terminó representando algo más que un gran arquero. Representó una época. La primera Selección campeona del mundo cuya preparación quedó atravesada por la pandemia. La primera que naturalizó hablar de psicólogos deportivos. La primera que mostró que pedir ayuda no disminuye el rendimiento sino que puede potenciarlo.

Confieso que mientras avanzaba el Mundial fantaseé varias veces con ofrecer mis servicios al cuerpo técnico. Total, ahora las sesiones podían hacerse presenciales o a distancia. Y si llegábamos al 18 de diciembre, como finalmente ocurrió, siempre habría tiempo para trabajar el miedo más difícil de todos: el miedo a volver a jugar una final del mundo. Después de todo, vivimos en el país con mayor densidad de psicólogos por kilómetro cuadrado. Alguno tenía que estar sentado en el banco de suplentes.

Las adicciones alrededor de la pelota

La reciente confesión del futbolista Daniel Osvaldo pone en el centro de la escena no solo un drama personal, sino también un tema que siempre sale a la cancha: la cuestión adictiva. Está presente en muchos ámbitos y atraviesa numerosas sociedades.

En distintos lugares del mundo aparecen formas diferentes de esa misma tragedia. En México, en apenas quince años, las luchas entre carteles se cobraron más de 350 mil muertos y 70 mil desaparecidos. En Rosario existen zonas de la ciudad de difícil acceso. Resulta evidente que la cuestión adictiva no implica solo a una persona, sino una compleja cuestión política y social. Pero ¿qué tiene que ver todo esto con el fútbol?

En el Mundial 2026, gran parte de los patrocinadores son empresas y emprendimientos de apuestas. La ludopatía es una adicción. Cuando un jugador deja de jugar, muchos comienzan a tener problemas con la comida. Y hoy hablamos también de otras adicciones desconocidas en el pasado, como el uso excesivo de las computadoras o de los celulares.

Con las adicciones aparece el tema de la salud mental, los especialistas y un término muy de moda en estos tiempos: la autoestima. Se escucha con frecuencia que quienes “caen” en una adicción tienen un problema de baja autoestima. En primer lugar, la autoestima no tiene altura. Y tampoco el narcisismo se encuentra solo en un yo fuerte y seguro de sí mismo.

Debemos desmontar esa idea tan extendida. Quienes padecen una adicción no necesariamente tienen un yo débil o

una autoestima baja. El problema merece un planteamiento que exceda la cuestión individual. Exige niveles de análisis más amplios, vinculados al tipo de sociedad que resalta permanentemente lo que no se tiene, lo prohibido, lo que falta. En ese sentido, la adicción aparece como una “salida” frente a demandas imposibles de responder.

La adicción se instala allí, en esa extraña plenitud “negativa”. Las sustancias prometen completar aquello que sentimos nos falta. Funcionan como una ortopedia para seguir caminando en la lógica cotidiana del emprendedor, donde pareciera que todo depende exclusivamente de uno mismo.

El capitalismo es un especialista en enaltecer y reprimir lo prohibido, prometiendo una satisfacción futura y resaltando una carencia presente. Y, en el medio, un gran negocio donde los peces gordos ganan y los peces chicos pierden. Un negocio que mueve tanto dinero como los laboratorios o las armas. Constituye uno de los mercados negros más rentables del mundo. Se alimenta de la carne de las mulas que transportan la mercancía y llena las cárceles del planeta de pequeños y medianos traficantes, de perejiles que se pudren en los calabozos mientras los grandes responsables permanecen, muchas veces, indemnes.

Adicciones a sustancias, adicciones sin sustancias y, hoy también, relaciones adictivas o tóxicas. Quizás, dentro de esta clasificación, estas últimas sean las adicciones más “afortunadas”, aunque se vivan con el mayor de los dolores. Conllevan un sufrimiento que siempre involucra a más de uno. El otro jamás podrá convertirse en una sustancia, y menos aún en una “no sustancia”. Se lo puede evitar, bloquear, cancelar, pero el ansia nos lleva nuevamente a pedirle que esté.

Esta descripción, que seguramente podría ampliarse con otras formas de adicción, nos conduce una y otra

vez a la misma pregunta: ¿cómo tratarlas? Y frente a esa pregunta, por un lado sabemos qué contestar; por otro, nos quedamos sin palabras. Las respuestas más habituales son tres: la abstinencia, la reducción de riesgos y la sustitución de drogas.

Estas estrategias, utilizadas desde hace muchas décadas por la psiquiatría, la psicología y la salud mental, se aplican a prácticamente todas las drogas, con mayor o menor éxito. Pero también dejan afuera otros niveles de análisis. Allí aparecen tratamientos posibles y tratamientos imposibles.

La enorme dificultad pudo verse con claridad durante la década del ochenta. Hay drogas más adictivas que la propia vida. Drogas que destruyen la capacidad de decisión y la voluntad, al mismo tiempo que consumen la vida de quien las utiliza. Drogas que ya no son consumidas sino que terminan consumiendo a quienes las consumen.

Esta inmersión devoradora, estragante, es cada vez más evidente. Una droga no es pura, no es ética, no confiesa contraindicaciones ni maneras de fabricación; oculta su verdad y termina haciéndote prisionero sin decirte dónde te tiene encarcelado.

La confesión de Daniel Osvaldo constituye un primer paso importante para cualquier tratamiento. Pero también permite vislumbrar un mercado que nos consume con sus ofertas. Como dice la canción de Los Twist: “el primero te lo regalan, el segundo te lo venden”. Y te lo venden al precio de tu carne y de tu conciencia.

Quizás por eso el fútbol ocupa un lugar tan extraño entre las adicciones. También genera dependencia. También nos hace sufrir. También nos desvela y nos vuelve irracionales. Esperamos cuatro años un Mundial como quien espera una sustancia milagrosa. Suspendemos reuniones, cambiamos horarios, discutimos con desconocidos y abrazamos gente que nunca vimos después de un gol.

Pero hay una diferencia decisiva. Las adicciones suelen encerrarnos cada vez más en nosotros mismos. La pelota, en cambio, casi siempre hace el movimiento contrario. Nos obliga a salir a buscar a otro. No existe una pelota para uno solo. Necesita un compañero, un rival, alguien que la reciba y la devuelva. La pelota circula. Y en ese ir y venir también circulan la palabra, el afecto, el enojo, la alegría y hasta el perdón.

Tal vez por eso millones de personas siguen encontrando en el fútbol algo que ninguna droga puede ofrecerles. Durante noventa minutos dejamos de estar solos. Ganemos o perdamos, volvemos a sentir que pertenecemos a un equipo, a un barrio, a una historia compartida. La pelota no promete la felicidad. Ninguna pelota puede hacerlo. Pero, a diferencia de muchas sustancias, no nos pide que nos aislemos para disfrutarla. Al contrario. Nos recuerda que las mejores jugadas siempre terminan cuando alguien decide hacer un pase. Quizás ésa sea una de las mejores enseñanzas del fútbol. No se trata solamente de tener la pelota. Se trata, sobre todo, de saber con quién compartirla.

Y, sin embargo, también nosotros tenemos nuestra propia dependencia. Apenas termina un Mundial empezamos a contar los días para el siguiente. Cambian las sedes, los estadios y las generaciones de futbolistas, pero la espera permanece intacta. Dentro de cuatro años volveremos a vivirla. El Mundial de 2030, organizado principalmente por España, Portugal y Marruecos, con sus partidos inaugurales en Uruguay, Argentina y Paraguay, volverá a despertar esa extraña abstinencia previa que sólo conoce quien ama el fútbol. Esperaremos ese primer silbato como quien espera aquello que sabe que no resolverá nada y, sin embargo, siente que puede cambiarlo todo.

Patearla afuera de la cancha

El fútbol suele presentarse como un juego. Y lo es. Pero también es una forma de mirar el mundo. Basta escuchar hablar a dirigentes, entrenadores o presidentes para descubrir que, alrededor de una pelota, aparecen ideas que exceden largamente una cancha.

Por eso no me pareció un exabrupto la frase de Mauricio Macri cuando, hablando de fútbol, hizo referencia a los alemanes como una “raza superior”. Más allá de las aclaraciones posteriores, esa expresión remite a una tradición ideológica mucho más antigua que una simple metáfora futbolera. La idea de una raza superior nunca aparece sola. Siempre necesita inventar una raza inferior.

Y esa diferencia no es inocente. Detrás de ella se encuentra uno de los conceptos más siniestros de la modernidad: la eugenesia. Francis Galton, uno de sus principales defensores, la definía como el conjunto de influencias destinadas a favorecer que “las razas mejor dotadas” prevalecieran sobre “las menos buenas”. Allí convivían dos movimientos inseparables: promover la reproducción de quienes eran considerados superiores y limitar, impedir o directamente eliminar la reproducción de quienes eran catalogados como inferiores.

La historia del siglo XX mostró hasta dónde podía llegar esa lógica. El nazismo convirtió esa teoría en política de Estado. Hitler, la Gestapo, las SS y los campos de exterminio fueron la consecuencia extrema de esa manera de pensar. Pero no fue el único caso. En la Argentina, la última dictadura cívico-militar llevó adelante un plan sistemático de apropiación de hijos e hijas de militantes desaparecidos.

Aquellos niños fueron entregados a otras familias con la convicción de que debían ser arrancados de su origen. No se trataba solamente de borrar una identidad política. Puede leerse allí una fantasía de “regeneración”, una forma particularmente perversa de eugenesia reproductiva. Por eso la palabra “raza” dejó de ser un concepto inocente.

Después de la Segunda Guerra Mundial comenzó a ser reemplazada por nociones como diversidad cultural, pueblos o etnias. No porque las diferencias desaparecieran, sino porque se volvió evidente el desastre al que podía conducir la idea de jerarquizar seres humanos. Cada vez que alguien vuelve a utilizar esa expresión, resuenan ecos de esa historia. Por eso Primo Levi, después de Auschwitz, escribió *Si esto es un hombre*. La pregunta no era solamente qué habían hecho los nazis. La pregunta era qué ocurre con la condición humana cuando una parte de la humanidad deja de reconocer como humanos a los otros. Las palabras importan. Mucho más cuando las pronuncia un expresidente.

El psicoanálisis sostiene que muchas veces hablamos más de lo que creemos estar diciendo. El sujeto del inconsciente aparece justamente allí, en aquello que se escapa, en aquello que irrumpe antes de que podamos corregirlo. No me interesa discutir si Mauricio Macri quiso decir exactamente eso. Me interesa pensar por qué esa expresión apareció con tanta naturalidad. Porque las palabras nunca nacen de la nada. Tienen historia. Tienen memoria. También el fútbol.

Durante un Mundial solemos decir que gane el mejor. Pero “el mejor” no es “el superior”. El mejor puede perder el próximo partido. La superioridad, en cambio, pretende transformarse en un atributo permanente, casi biológico. Y ahí el fútbol deja de ser fútbol. Cuando adopta la lógica de la superioridad humana se convierte en otra cosa. El fútbol se juega precisamente porque nadie es superior para

siempre. El campeón puede perder con el último. El favorito puede quedar eliminado. Un equipo infinitamente más débil puede escribir una de las páginas más extraordinarias de la historia. Quizás ésa sea una de las mayores enseñanzas de la pelota. Nos recuerda que el talento existe, las diferencias también, pero ninguna de ellas convierte a un ser humano en superior a otro. La pelota rebota. Y, cada tanto, tiene la saludable costumbre de desmentir a quienes creen que la historia ya está escrita antes de jugarse.

Epílogo

Mientras siga rodando

He escrito tantas veces las palabras *fútbol y Argentina* que, por momentos, terminé sintiendo que se confundían. Y se confundían y me confundían. Nunca me había pasado algo parecido con la palabra Argentina. Fue este Mundial el que consiguió volverla extraña y, al mismo tiempo, profundamente cercana. Como si durante un mes hubiéramos vuelto a descubrir un país que ya conocíamos. Como si una pelota hubiera tenido la capacidad de hacernos mirar otra vez las mismas calles, las mismas personas y los mismos abrazos.

Eso es, quizás, lo que más le agradezco a este libro. Haberme permitido detenerme un instante para pensar por qué el fútbol ocupa un lugar tan importante en nuestras vidas. No solamente por los goles, los campeones o las derrotas. También porque alrededor de una pelota aparecen la infancia, los padres, los hijos, los amigos, la política, la historia, la salud mental, las adicciones, el lenguaje, el amor y el odio. Aparece, en definitiva, la condición humana.

Cada uno tiene una relación distinta con el fútbol. Hay quienes no pueden vivir sin él y quienes apenas lo miran cuando juega la Selección. Hay quienes recuerdan de memoria una formación de hace cuarenta años y quienes solamente saben cuándo hubo un gol porque escuchan los gritos de los vecinos.

Pero creo que nadie atraviesa la vida sin alguna pelota para patear, algún gol que hubiera querido hacer, alguno que todavía lamenta haber errado o alguna jugada que

imagina una y otra vez preguntándose qué habría pasado si hubiera decidido distinto.

Tal vez por eso el fútbol se parece tanto a la vida. Porque siempre nos obliga a elegir en pocos segundos. Porque nunca sabemos si el pase era para la derecha o para la izquierda. Porque todos creemos haber descubierto la jugada perfecta cuando el partido ya terminó. Los deportes tienen esa extraña capacidad de volver visible algo que ocurre mucho más allá de una cancha.

Aclaran la vida. Y, muchas veces, la vuelven poesía. Porque detrás de la competencia aparece el juego. Y detrás del juego aparece algo todavía más importante: la posibilidad de jugar. Lo lúdico. La alegría. El encuentro. El derecho, aun siendo adultos, de seguir haciendo algo que no sirve para otra cosa que para hacernos sentir vivos.

Acaba de terminar el Mundial. Tengo que escribir el resultado. La selección argentina es subcampeona. España fue un justo campeón. Probablemente el mejor equipo del torneo. En la final nada salió como esperábamos. Las lesiones, la expulsión y los errores terminaron inclinando un partido que soñábamos distinto. Sin embargo, este equipo volvió a hacer algo extraordinario: no dejó de intentar jugar. También la tristeza forma parte del fútbol. Y aprender a perder, aunque nadie quiera hacerlo, forma parte de la vida. Durante un mes vivimos con el corazón acelerado. Pasamos de la desesperación a la esperanza, de la euforia al miedo, del orgullo a la angustia. Comprobamos que el fútbol es capaz de hacernos recorrer en noventa minutos emociones que, en otros momentos de la vida, tardan años en aparecer.

Un subcampeonato parece poco cuando se pierde la final. Pero no lo es. Significa haber llegado más lejos que casi todos. Haber quedado a un paso de la cima. A veces la historia solamente recuerda al campeón, pero quienes amamos el fútbol sabemos que también existen derrotas memorables.

Escribí estos textos con una única obsesión: llegar a tiempo. Llegar justo al final. Escribir mientras las emociones todavía estaban “en caliente”. No esperar la distancia cómoda que ofrecen los años, sino pensar mientras todavía seguíamos abrazándonos en los goles o lamentando las derrotas.

Quizás por eso el libro tenga algo de diario íntimo y algo de ensayo. Hay páginas escritas con la cabeza y otras escritas con el corazón todavía acelerado.

También descubrí, mientras escribía, que este libro nunca trató solamente de fútbol. Trató de una pelota. De ese objeto tan simple que tiene la capacidad de reunir personas que nunca se habían visto, de reconciliar familias, de provocar discusiones interminables, de despertar recuerdos olvidados y de enseñarnos, una y otra vez, que nadie juega solo.

Una pelota va de un pie a otro. Y en ese viaje también pasan las palabras, los afectos, las rivalidades, los deseos, las frustraciones y las esperanzas. Quizás por eso seguimos hablando de fútbol aun cuando el partido terminó hace horas.

Mientras escribo estas últimas líneas veo por televisión la ceremonia de premiación. Donald Trump entrega la copa y las medallas. También eso forma parte del fútbol contemporáneo. El deporte, la política, los negocios y los intereses geopolíticos se mezclan en un mismo escenario. El Mundial nunca fue solamente un campeonato. También es una enorme disputa simbólica acerca del mundo en que vivimos.

Pero, aun así, cuando el árbitro da el pitazo final y los dirigentes abandonan el palco, lo que queda en la memoria casi nunca son ellos. Lo que permanece es el abrazo. El gol. La atajada imposible. La gambeta. El silencio antes del penal. El grito. Y una pelota que vuelve a rodar. Porque los libros terminan. Los mundiales también. Pero la pelota siempre encuentra la manera de seguir jugando. Y mientras siga rodando, nosotros seguiremos teniendo algo para decir sobre ella.

